

Cuando oscurece (completa)

Yolanda Martínez Adrover



Capítulo 1

Cuando oscurece

Los primeros rayos de sol entraron por la ventana. La nueva distribución de los muebles le gustaba cómo quedaba. La jatoba lucía mucho más y la cama quedaba protegida en la esquina de dos paredes, como llenando el vacío protector que no tenía de sus padres. Esa mañana se imaginó corriendo por el monte de Eiras y bajando hasta el río para ver sus aguas tranquilas.

Ese mismo día, a las seis de la tarde, cogió sus zapatillas azules. Sólo le faltó salir por la ventana. Llevó el Casio y el cuentakilómetros y le acompañó Pongo, su perro labrador, él también gustaba de salir a pasear con su amita, aunque esta vez no sabía que llegaría con la lengua de fuera por el extenuante ejercicio.

Echaron a correr, cruzando el paso de cebra que había enfrente de la casa y se adentraron en los caminos del pueblo, dejando atrás los apartamentos. Llegaron al monte do Carril y se adentraron en él. Pasaron por el puentecito con laureles a sus lados, llegando al claro de las camelias. En ese punto siempre podían optar por girar hacia la derecha o hacia la izquierda, recorriendo casi la misma distancia para salir de aquel lago de camelias, bordeándolas. Esta vez lo hicieron por la izquierda, hacía tiempo que no iban por ese lado. Ya era temporada de sapos y Ponguito y ella tenían que ir sorteándolos porque, pobrecillos, también tenían derecho a la vida. Encontraron la salida del laberinto ornamental subiendo la cuesta de las frumas. Otra vez allí tenían la opción de girar hacia la derecha o hacia la izquierda, en esta ocasión tomaron la derecha porque iban corriendo, solían coger la izquierda cuando iban a caminar.

Recorrieron gran parte del monte, respirando el aire de los pinos, pues en aquél no había eucaliptos, hasta que llegaron a unos molinos viejos y abandonados, probablemente del siglo XX. Pasaron un lavadero y llegaron de nuevo a la civilización, caminos de casas en los que ya no podían disfrutar de su intimidad y de la calma. Fueron bajando hasta llegar al río por caminos tan estrechos, antiguas correoiras, que Pongo tenía que cederle el paso gentilmente a su amita, porque él en verdad ya iba cansado y tenían que pasar de uno en uno. Y llegaron al río, la marea

medio llena y sus aguas tranquilas. Era imponente, siempre seducía la mirada de ambos, que se quedaban unos segundos quietos frente a él, viendo el caudal que traía. Encaminaron la pasarela que iba paralela, parecían acompañar al río porque él subía ya su marea. Estaba empezando a nublarse, así que tuvieron que acelerar la marcha. Recorrieron las sinuosas curvas con vegetación a los lados, palmeras del cretáceo plantadas adrede para variar la flora de las orillas del río. Continuaron por un puente de madera en el meandro de un pequeño regato que daba al Miño. Pasaron por la cortina rectilínea de abedules que había plantados en hileras hasta llegar a los campos donde pastaban las ovejas, trasquiladas en partes, y una perra guardiana amiga de ellos que venía a saludarles. Pero esta vez no se detuvieron mucho con Coimbra, así la habían llamado, porque las nubes cada vez oscurecían más y les había caído alguna gota. Reanudaron su marcha, cada vez más cerca del embarcadero del pueblo, aunque todavía les quedaban unos cientos de metros. En la parte final de la pasarela se dejaba ver en ocasiones la orilla arenosa y oscura del río. Eran las siete menos cuarto de la tarde y a lo lejos se escuchaba tormenta. Pongo salió disparado hacia delante y su ama lo perdió de vista por un momento.

—Pongo! Pongo, dónde estás?

Se escuchó un trueno, cada vez más cerca. Pongo apareció tirando de algo con los dientes. Su ama echó a correr rápidamente hacia él para ver qué había encontrado. Lo que Pongo había topado la embargó de pavor. La joven se quedó sin respiración, secuestrada por el miedo y su garganta se taponó. Miedo y náuseas por el olor pestilente que desprendía aquel cuerpo que aparentemente yacía inerte, pero que todavía podía estar vivo. Y ese pensamiento la atemorizó más aún.

Capítulo 2

Miedo y náuseas por el olor pestilente que desprendía aquel cuerpo que aparentemente yacía inerte, pero que todavía podía estar vivo. Y ese pensamiento la atemorizó más aún.

Echó un vistazo a su alrededor para saber si alguien había visto la escena. Pero no, se encontraba sola. Menos mal, lo que menos le apetecía en ese momento era tener que relacionarse con alguien, no se encontraba en condiciones de explicarse apenas.

Cuando ya se hubo tranquilizado, acercó su oído izquierdo a la boca de aquella persona en putrefacción, qué extraño por otra parte, ¿cómo es que nadie había dado con el muerto? Aquella era una zona transitada por muchos deportistas y paseantes. En cualquier caso, ella se acercó a comprobar si esa persona emitía alguna respiración, y eso también la tranquilizó un poco más, aquel hombre estaba muerto. Observó su posición, decúbito supino, con una mano abierta y otra en un puño cerrada. Los nudillos todavía se le marcaban, ¿acaso escondía algo aquella mano? ¿Aferraba con todas sus fuerzas los últimos instantes de vida? Precisamente ese no era el caso, más sí una nota en la que podía leerse lo siguiente: "Hola Amalia". ¿Qué? ¡Aquella nota iba dirigida a ella expresamente! Pero, ¿cómo es posible? A pesar del estado de descomposición en que se encontraba el cadáver, ella podía reconocer si aquél era algún conocido o familiar para la joven, pero no lo era, de modo que, ¿cómo la conocía? Continuó leyendo: "esta nota va dirigida a ti, no tengo mucho tiempo, creo que para cuando la encuentres ya estaré muerto, pero de eso quiero hablarte, creo que quieren matarme aunque no sé exactamente quién, desconfío de todo y de todos. De ti depende que encuentren a mi asesino. Confío en ti Amalia, sé que lo lograrás". Al tiempo que acababa de leer la última palabra su cuerpo se dejaba caer hacia atrás, quedando sentada con las rodillas flexionadas y una de las manos sosteniendo todavía la nota. No puede ser. Aquello parecía increíble. De pronto su mascota acababa de encontrar a un muerto, y ese muerto le hablaba a ella directamente.

Decidió guardarse la nota en el bolsillo de atrás de la mallas y sacarle fotos al cadáver, cuidándose de que no la viera nadie, pero debía tener en su posesión esta última imagen para comenzar su investigación.

Al acabar llamó a la Guardia Civil que vinieron en su Nissan Patrol bastante antes de lo que ella estimaba. Acordonaron la zona con su cinta policial y llamaron al médico forense, al juez y al secretario judicial. Éstos tardaron más en venir, y se echaron toda la tarde recogiendo pruebas, sacando fotografías y examinando el cuerpo. Una vez finalizado el procedimiento, se llevaron el cadáver, y a Amalia y su perro Pongo al juzgado n.º 1 de instrucción de Tui, para tomarle declaración ante el juez,

pues ella era la primera persona testigo de lo que había sucedido.

Salió del juzgado a eso de las once de la noche, pero al menos los guardias la acercaron hasta su casa en el coche oficial.

-Bueno campeona, por hoy ya has ayudado bastante con este caso que se presenta tan turbio. Menudo misterio llevas para contar, ¿eh? .

Misterio el que efectivamente me llevo yo para casa con la notita de marras. Ahora toca investigar por mi cuenta, porque así me lo ha pedido el finado. En menuda aventura me ha involucrado.

Pero por supuesto de todo esto la Guardia Civil no sabe nada, Amalia ha guardado el secreto haciendo caso de la recomendación del muerto. ¿Qué pasará a partir de ahora con la resolución del caso?

Capítulo 3

Pero por supuesto de todo esto la Guardia Civil no sabe nada, Amalia ha guardado el secreto haciendo caso de la recomendación del muerto. ¿Qué pasará a partir de ahora con la resolución del caso?

Está claro que la Guardia Civil iba a investigar a fondo este crimen, pero Amalia debía resolverlo por su cuenta antes que ellos, contando con la inestimable ayuda de Ponguito, por supuesto, y éste se comportaría como un auténtico sabueso, aún siendo labrador. Así que al día siguiente volvió al lugar del suceso, todavía conservaba las fotografías que había tomado el día anterior. ¿Sería posible que la Guardia Civil hubiera dejado algún palmo por recorrer o alguna pista sin identificar?

Mientras desayunaba, observó las imágenes, recordando que Pongo lo había arrastrado de su lugar anterior, sin embargo ese fue un detalle que no comentó con la Benemérita. Bingo! Ya tenía por dónde empezar, lo primero que haría sería investigar aquella zona. Acabó sus cereales, sorbió lo último que le quedaba de leche y se apresuró a lavarse los dientes. Al acabar, cogió su Casio como lo hizo aquel día, y esta vez fue en bici bajando por la carretera que pasa por el medio del pueblo y que baja hasta el río. Llegaría mucho antes por allí dado que el cadáver había sido encontrado hacia el final de la pasarela.

Descendió hasta el Miño, con las imponentes vistas que se alzaban majestuosas y descomunales de los montes de Portugal, lleno de eolos, que se dejaban ver siempre y en todo momento del descenso. Llegó hasta el antiguo paso fronterizo a través del ferry y giró a la derecha en dirección al embarcadero. Unos metros más adelante llegó al Espazo Fortaleza, lugar de recreo construido a base de cemento pero que tenía un cierto encanto por su situación privilegiada y su construcción en bancales o gradas que permitían la expectación del río. Y detrás de este sitio moldeado por la mano del ser humano, aparecía la fortaleza de San Lorenzo, un lugar intacto donde lo único que se modificaba era el crecimiento de la flora del foso y de su interior, por mor de posibles incendios y una mejora aspectual del fuerte. Otras veces se hubiera detenido a leer en aquellas gradas, o en el césped más alto de la fortaleza, desde donde se observaba con mayor ventaja las vistas del río, el frente portugués y la playa con el embarcadero que formaban parte de este espacio lúdico al aire libre. Pero esta vez no fue así, y Amalia continuó su ruta atravesando la playa y continuando por un caminito estrecho de tierra y arena entre la hierba, hecho por las pisadas de todos los que visitaban el lugar. Después llegó al segundo embarcadero, más antiguo que el primero, y se adentró en la pasarela que iba a la par del Miño, llegando a veces en los meses de invierno a estar inundada por la

crecida de éste y de las lluvias, y en ese caso, era imposible cruzarla sin empaparse bien los pies. Pedaleó un poco más, dejando atrás a mano izquierda el bollito que ganaba terreno al río, y antes de llegar al Ariño, llegó al lugar donde había encontrado el cuerpo sin vida de aquel hombre sin nombre.

Aparcó la bici apoyándola en la flora voluminosa y pajosa de la orilla del río y caminó hasta el lugar donde Pongo lo había descubierto. Pongo, nada más llegar, fue a beber a la orilla, aquel corto trayecto le había extasiado. Su amita lo había hecho más rápido que de costumbre, a causa de la ilusión y de la expectativa de aquella investigación. Cuando hubo terminado, fue a reunirse con su ama y de paso olisqueó la zona en busca de alguna prueba que oliera igual que aquel olor pestilente del muerto. Amalia por su parte fijaba su atención en cualquier cosa que pudiera tener relación con el finado. Todavía conservaba la nota, esta vez en el interior del bolsillo derecho de su pantalón. La leyó de nuevo para inspirarse, a ver si aquel trocito de papel pudiera tener algún significado oculto, pero aparentemente no topó nada. ¿Cuál habría sido la causa del asesinato? Desde luego no nos encontramos ante un homicidio porque a aquel hombre, según contó él mismo en la nota, lo querían matar. Ergo, había un móvil, pero ¿cuál? ¿Sería un ajuste de cuentas? ¿tráfico de drogas?

De pronto, Pongo trae consigo algo que parece pertenecer a la muerte de nuestro hombre, lo que parece un trozo de cuerda negra. Mmmm interesante. Bien hecho Pongo, ¡buen chico! Pertenece a una cuerda poco usual, desde luego no es la típica cuerda de color ocre que se vende en las ferreterías. ¡Eso es! Iría a la ferretería del pueblo y preguntaría al vendedor si tiene en su negocio una cuerda como esa y si es así, cuándo la vendió por última vez. Perfecto, tenemos algo de donde tirar, nunca mejor dicho. Pero busquemos más por la zona, sobretodo en el lugar donde yacía primeramente el cadáver. Y otra vez ¡bingo! Amalia encuentra un trozo de tela que debe pertenecer a la vestimenta del muerto. Volvamos a las fotos en el móvil para comprobarlo. A ver, a ver... efectivamente es un jirón de la camisa del hombre que quedó entrelazada en las pajas secas de aquel rincón. Y de paso, voy a fijarme cómo tiene el cuello y las muñecas, porque la cuerda debió ir en ellos en algún momento, pensó Amalia. Pero el cuello no parecía tener ninguna marca o hematoma. Sin embargo, ¡las muñecas sí tenían! Amalia le dio al zoom con los dedos y en ellas apareció un ligero hematoma coincidente con la marca que deja una cuerda de ese grosor. Muy bien, inspeccionemos un poco más la zona y al acabar iremos a la ferretería del pueblo.

Pongo y Amalia estuvieron media hora en el lugar, pero no encontraron nada más que el jirón de tela y el trozo de cuerda negra, así que de nuevo emprendieron el viaje de vuelta a casa parando en la única ferretería que había en el pueblo. Para ello desandaron el camino hasta el embarcadero segundo, después el caminito estrecho hasta llegar a la playa, pasando el embarcadero primero y llegando de nuevo al lugar donde se ubicaba el

antiguo ferry. Giraron a la izquierda y tomaron la cuesta dejando atrás las vistas maravillosas y al sol un poco más en lo alto.

Diez minutos más tarde se encontraban enfrente de la puerta de la ferretería. Se tomaron un tiempo para recomponerse, pues la cuesta y el calor les habían hecho mella, y al cabo de unos minutos los dos empujaron, arrastrando, la pesada puerta que daba entrada a aquel negocio que siempre tenía un olor artificial que a Amalia le gustaba respirar.

-Hola, ¿en qué puedo ayudarte?

-Hola. Verás, tenía una duda y es que encontré este trozo de cuerda de color negro y me preguntaba si vendías una cuerda como esta aquí.

Entonces el dependiente la examinó de lejos y separó sus labios para contestar.

Capítulo 4

Entonces el dependiente la examinó de lejos y separó sus labios para contestar.

-Sí, la vendo aquí, es un tipo de cuerda que se usa principalmente en las viñas, pero también la adquiere algún que otro particular.

-¿Cuándo fue la última vez que la vendió?

-Pues... hará unos días, quizás para la bodega, pero no sé decirte con seguridad.

-Ok, perfecto, ya me has dado bastante información. ¡Muchas gracias!

-De nada, ¡hasta luego!

-¡Adiós!

Amalia salió de la ferretería muy contenta porque la historia seguía teniendo un hilo del que tirar. En este caso, una cuerda. Ella y Pongo se dirigieron a casa para hacer la comida, a la tarde tenían un plan bastante chulo que ya habían hecho otras veces y que a Pongo le encantaba.

Después de comer, Amalia lavó la loza con Faith no more de fondo, con una rapidez poco usual en ella, pues esa tarea la detestaba en cierto modo. Todos los días había loza para lavar y todos los días era lo mismo, lavar, secar y guardar, una tarea sin fin, que parecía acabar a la noche, con la loza de la cena, pero que al día siguiente volvía a empezar con la del desayuno. Tedioso, horroroso. Pero antes de acabar el CD de uno de sus grupos favoritos, ella acabó primero de lavar. No secaría la loza, la dejaría secar al aire para luego poder guardarla sin apenas pasarle un paño. Fue al baño a lavarse los dientes, llenó unas botellas de agua y colocó el famoso Casio en su muñeca izquierda. Se calzó de nuevo los tenis y se dirigió hasta el coche pasando por el albio y haciendo un gesto a Pongo de que se acababa su siesta, que ya era hora de ir a donde su amita tenía planeado. Abrió la puerta que daba al exterior y Pongo se coló para afuera, estaba deseoso de salir. Su ama le abrió la puerta trasera del vehículo y Pongo se coló para adentro estirándose en los asientos todo pancho. Parece que Pongo ya se hace una idea de adónde van a ir, cuando su amita cogía el coche eso sólo podía significar una cosa, la fuente nº15. Amalia se sentó en el asiento del piloto para colocar en el del copiloto las botellas de agua dentro de una mochilita donde

también guardaba el móvil y después las llaves de la vivienda y del coche. Se levantó y fue a cerrar la puerta que daba al garaje y de paso también a abrir el portal para salir con el coche. Luego se fue a su asiento, dio marcha atrás con el vehículo, lo sacó del patio, y lo dejó en punto muerto con el freno de mano echado para volver a cerrar el portal. Desafortunadamente, no era eléctrico, era manual, lo cual exigía toda esa rutina cada vez que querían salir con el coche a cualquier parte.

Cuando todo estuvo listo, se dirigieron al monte de Goián, en concreto a la fuente nº15, el punto de partida siempre que nuestros protagonistas querían irse a dar caminatas por el monte. Desde allí se podían coger diferentes senderos, y también se encontraban alrededor las viñas de una famosa bodega del Baixo Miño. Por eso Amalia quería continuar su investigación allí, porque el vendedor le había hablado de que eran sus mayores clientes, y ahora comprendía por qué el muerto debía conocerla a ella, quizás la vio alguno de los muchos días que ella iba a allí, ya sea en coche o caminando, y su nombre podría haberlo oído de boca de su marido, es posible que alguna vez la llamara en alto. Así que, tenía toda la pinta de que ese hombre era un trabajador de las viñas. Pero el que lo mató también debía de serlo, por utilizar la cuerda negra que compraba la bodega... ¿Y si fue uno de los propietarios de la bodega? Demasiado comprometido usar la misma cuerda que compraban para las viñas... Ahora mismo no sabía responder a esa pregunta, pero tenía el presentimiento de que se encontraba en el lugar correcto para seguir avanzando. Pero hoy, más bien venían a relajarse, aunque si encontraban algún indicio sería bienvenido. Esa tarde era tarde de reflexión, para seguir indagando cercanos al posible lugar de trabajo de aquel hombre muerto. Caminarían hasta cansarse, pensando en todo lo que habían descubierto hasta ahora, y en probables hipótesis de la historia del asesinado.

Recorrieron el camino del medio hasta llegar a un punto en el que se bifurcaba en dos direcciones, una bajaba hacia Estás, un pueblo donde también había viñas pero en este caso de kiwis, las de Goián eran de uva, y la otra, subía siguiendo el camino del medio que llegaba, después de una buena caminata, hasta los viñedos de otra famosa bodega perteneciente ya a otro pueblo. Pero ellos decidieron dar vuelta en ese punto y desandar todo el camino que habían hecho, meditando todos sus pasos en la investigación y hasta dónde habían llegado. Pero no consiguieron nada nuevo, parece que las pistas se presentaban poco a poco. Hoy ya habían tenido su dosis de aventura. Cansados, llegaron hasta el lugar donde se encontraba el coche, rellenaron las botellas en la fuente, bebieron un trago largo y subieron al vehículo para ir de vuelta a

casa.

Es curioso cómo las personas se fijan en otras sin llegar a conocerse, y aún lo era más la unión que ahora ella tenía con una persona que no conocía, pero que él se había fijado en ella ¿por qué motivo? La realidad superaba la ficción.

Al día siguiente, Amalia tenía que ir al centro del pueblo para comprar pan de molde y alguna hortaliza para la comida del día de hoy. Con la investigación todavía en su cabeza, desayunó y se preparó para ir al supermercado. En casa ya le había parecido escuchar que en la iglesia tocaban a muerto, pero lo confirmó cuando salió y se encaminó por el atajo asfaltado que cogía para llegar hasta el centro urbano. Efectivamente sonaba a muerto y en una tienda, próxima al supermercado, vio una esquela colocada en el escaparate. Se acercó para leer el nombre de la persona fallecida, era un varón. ¿Acaso sería el hombre de su investigación? Había pasado un día apenas, le habría dado tiempo al médico forense a realizar la autopsia y a la policía a resolver el caso del hombre asesinado? Lo último lo dudaba, pues se habían dejado una prueba muy importante en el lugar del descubrimiento del cadáver. Se quedó con el nombre y los apellidos, al llegar a casa lo comprobaría buscando en internet. Se fue al supermercado, realizó su compra sin ningún contratiempo y al acabar volvió a pasar por la tienda con la esquela -Javier Álvarez Expósito-, se dijo para sí. Apuró el paso intentando llegar lo antes posible. Abrió la portezuela, entró en el recinto de su casa, caminó unos veinte pasos por la acera de alrededor de la vivienda y con prisa sacó las llaves de su bolso mochila. Abrió la puerta con torpeza y por fin estuvo dentro. Dejó las bolsas de la compra encima de la mesa de la cocina y el bolso en el sofá, y se sentó en él para buscar en internet al hombre por el que sonaban las campanas. Javier Álvarez Expósito... Había varias noticias, todas de periódicos. Pinchó en la primera, de Faro de Vigo: "Un vecino, de mediana edad, natural de Tomiño, que responde al nombre de Javier A.E. ha sido hallado muerto el día 16 de marzo en el lugar de la pasarela Goián-Eiras que va paralela al río Miño. Todavía se desconocen las causas de su muerte pero todo apunta a un asesinato..." Amalia desplaza sus ojos hasta la última línea: "Será enterrado hoy por la tarde en su localidad natal Goián (Tomiño). Fecha 18/03/2021.

Vaya, pues sí que era nuestro hombre, piensa Amalia. Le habrán hecho la autopsia, habrán extraído todo tipo de pruebas y habrán decidido enterrarlo. Supongo que es como se hace siempre en estos casos, luego la investigación continuará por la vía penal, se imaginó Amalia. Me temo que esta tarde tendré que acercarme hasta la iglesia para conocer a la familia de Javier, ahora ya le puedo poner nombre. Pues ala, día 2 iotra aventura!

Capítulo 5

Me temo que esta tarde tendré que acercarme hasta la iglesia para conocer a la familia de Javier, ahora ya le puedo poner nombre. Pues ala, día 2 iotra aventura!

Ese día, al acabar de comer, Amalia se estiró en la cama mientras reposaba la comida y esperaba a que fuera la hora de prepararse para ir al entierro, que suponía, sería a las 16:00h. Entretanto, pensaba cómo haría en la iglesia, si se acercaría a la familia para darle el pésame. Optó por hacer lo que le naciera del corazón en ese momento, no quería forzar nada. Después de un tiempo reflexionando, miró el reloj que tenía en la estantería blanca a su izquierda y por los pelos, no se despistó en ir a la iglesia. Se levantó y fue al baño a prepararse, se lavó los dientes y la cara, fue al WC por si acaso en la iglesia le entraban ganas, y por último, se miró al espejo para cerciorarse de que todo estaba en orden, de que iba decente. Se había vestido ya con colores oscuros en señal de respeto a la familia. A continuación, metió algo en el bolsillo del pantalón, algo muy esencial, cogió su bolso y salió de la casa en dirección a la iglesia de Goián.

Una vez allí, se encontró con una muchedumbre no muy numerosa, efectivamente había acertado con la hora del sepelio. Se adentró en la iglesia y se sentó en uno de los bancos del fondo. Pronto comenzó la misa.

Todo fue como se espera en un funeral. Prestó atención cuando el cura dijo el nombre del fallecido, por si se hubiera equivocado, no fuera a ser, pero estaba en el entierro de Javier Álvarez Expósito sin ninguna duda. Al salir de la edificio sagrado esperó un tiempo en el atrio, cerca de un grupo de señoras que le preguntaron si era amiga del muerto. Amalia les respondió afirmativamente y aprovechó la ocasión para preguntarles si conocían a la familia más cercana, pues ella no había tenido ocasión y quería darles el pésame. Las señoras, encantadas, le dijeron quién era su madre, pues el padre había muerto y mujer no tenía, según la información de estas señoras del pueblo. Amalia les agradeció su amabilidad y se acercó a la madre del finado:

-Hola, siento mucho lo de su hijo.

-Hola mociña, gracias, gracias, fue una desgracia muy grande, todavía hoy no sé quién le pudo hacer algo así a mi hijo- La señora se echó a

llorar. Amalia la abrazó.

-No se preocupe. Mire, yo me llamo Amalia y soy la persona que encontró a su hijo en la pasarela de madera del río.

-Ah, no me digas! Y cómo fue mociña, ¿cómo diste con él? La Guardia Civil no me cuenta gran cosa, la muerte de mi hijo está en secreto de sumario, ¿sabes?- La señora cogió a Amalia por el brazo y la apartó un poco para hablar a solas.

-Ya, me lo imaginaba... mire, su hijo me ha dejado esta nota- Amalia sacó del bolsillo del pantalón el trozo de papel que había escrito Javier. La mujer la miró sorprendida y leyó la nota: "Hola Amalia esta nota va dirigida a ti, no tengo mucho tiempo, creo que para cuando la encuentres ya estaré muerto, pero de eso quiero hablarte, creo que quieren matarme aunque no sé exactamente quién, desconfío de todo y de todos. De ti depende que encuentren a mi asesino. Confío en ti Amalia, sé que lo lograrás". Al acabar, la madre estrechó el papel contra su pecho cerrando los ojos y emitiendo un suspiro.

-Dios mío, ¿qué está pasando? ¿qué le pasó a mi hijo? ¿quién le quiso matar, dios mío?- La mujer de nuevo brotó a sollozar y Amalia volvió a prestarle su hombro como paño de lágrimas.

-No se preocupe señora, voy a investigar todo lo que le pasó a Javier y cómo acabó así. No tenga ninguna duda, haré todo lo que esté en mi mano.

-Gracias Amalia, filla, mira él no tenía ningún enemigo, en el trabajo todos le querían, yo no sé quién quiso su muerte, no me lo explico.

-¿Tenía mujer o novia?

-No que yo sepa, alguna novia tuvo pero creo que ahora no andaba con ninguna mujer.

-Perdone la pregunta pero... ¿sabe si consumía algún tipo de droga?

-No qué va, él era un chico muy sano, y muy honrado, no, él no tenía nada que ver con ese mundo, lo dices por si era traficante ¿verdad? No señor, él tenía su trabajo en las viñas de toda la vida ¿sabes? De toda la vida trabajó allí, desde los 16 años. Le trataban bien en el trabajo, le querían bien ¿sabes, filla? Por eso yo no me explico quién pudo hacerle algo así. La policía también me preguntó estas cosas, pero luego ellos no me cuentan nada. Yo lo entiendo, por el sumario ese, pero filla, yo soy su madre, no puedo vivir así, tengo que saber qué le pasó a mi hijo, quién le

mató y por qué.

-Claro, lo comprendo señora.

-Ah llámame Flora filla- Amalia sonrió.

-Muy bien Flora, pues no te preocupes, la policía está haciendo su trabajo, pero yo voy a hacer el mío, porque así lo ha querido Javier, te mantendré informada de todo. Dices que trabajaba en las viñas ¿verdad?

-Si filla, en las de Domus Baco

-Me imaginaba que fueran esas, creo que él me conoció porque yo frecuento mucho la fuente nº15 cuando voy a caminar.

-Ah si, la fuente nº15 la conozco bien, tiene su encanto y el agua es bastante buena.

Concluyeron la conversación prometiéndose ayuda mutua para lo que fuera y la información de todo lo que fuera sucediendo. Se despidieron con dos besos en la mejilla y un caluroso abrazo, muy sentido por ambas.

Esa misma tarde, después del entierro, Amalia fue a dar un paseo con Pongo. Esta vez salieron a pie desde casa y fueron por debajo del vial. Pasaron por unos invernaderos y cogieron un camino que fue subiendo hasta el monte. Al acabar el ascenso, llegaron a un cruce que desembocaba en el camino del medio, entonces tomaron a la derecha para ir dando vuelta y caminando caminando llegaron a la fuente nº15 otra vez. Por el camino empezó a nublarse y pronto el cielo se oscureció de manera abrupta, parece que se avecinaba tormenta. Comenzó a descargar y Pongo y Amalia se tuvieron que refugiar en la fuente, debajo de unos pinos. El cielo se encontraba totalmente oscuro, casi era de noche, y empezaron a verse a lo lejos rayos, y más tarde se escucharon los truenos. En ese momento era imposible retomar el camino de vuelta a casa con la que estaba cayendo. Pero de repente, algo sorprendió a los dos amigos, los faros de un coche que llegaba hasta el almacén de Domus Baco. Se movía silencioso, de no ser por las luces no lo hubieran sentido. Instintivamente, los dos se escondieron detrás de la fuente, Pongo se agachó en el suelo, de forma que ya no pudo ser visto a pesar de su pelaje blanco de labrador, y Amalia se escondió justo detrás de la roca que tenía el grifo del que manaba agua si lo accionabas a la derecha. De vez en cuando Amalia sacaba un poco la cabeza para observar los

movimientos del vehículo, hasta que ya no pudo dejar de mirar lo que hacía la persona que bajó del coche. ¡Era un encapuchado! La capucha tapaba toda la cara de la figura, como un capirote en Semana Santa. En el interior no se intuía rostro alguno, sólo oscuridad, aquello era realmente tenebroso. El encapuchado fue hacia la parte trasera del auto, levantó el maletero y sacó un montón de cuerda de color negra parece, aunque en realidad estaba todo muy oscuro. Con las luces encendidas del vehículo alumbrando hacia las viñas y la lluvia cayendo a chuzos, la operación acabó enseguida, pues el encapuchado se había metido en el almacén y a la vuelta ya no traía nada. Bajó la puerta del maletero y subió de nuevo al vehículo. Amalia se escondió detrás de la roca porque el coche giró y dio de lleno con todas las luces donde ellos se encontraban, alumbrando todo el escondite y proyectando sus sombras alargadas. Unos segundos congelaron la escena, el tiempo que el conductor cambió de marcha y giró de nuevo los faros alumbrando la otra colina de viñas del otro lado del camino, cambiando completamente el sentido y bajando de nuevo por la carretera mal asfaltada por la que había venido. A Amalia se le había helado la sangre, pero los dos amigos respiraron hondo, tranquilos. Dios mío, ¿puede ser que Amalia haya estado a pocos metros del asesino de Javier Álvarez Expósito? ¡Aquel hombre había extraído una cuerda que parecía negra! Y la había devuelto a la bodega. En ese momento dejó de llover, Amalia y Pongo aprovecharon para salir pitando de la fuente empapados por esperar debajo de aquellos pinos a que la lluvia amainara. El marido de Amalia los estaba esperando, llevaba toda la tarde y casi noche sin saber nada de ella y de su mascota.

Al día siguiente Amalia debía ir a ese almacén preguntando por Javier, tenía que hacerlo lo antes posible, debía comprobar si esa cuerda era la que estaban buscando. La famosa cuerda negra.

Capítulo 6

Al día siguiente Amalia debía ir a ese almacén preguntando por Javier, tenía que hacerlo lo antes posible, debía comprobar si esa cuerda era la que estaban buscando. La famosa cuerda negra.

Amalia dormía en la crisálida hecha de nórdico en que se había envuelto durante la noche. Pero sonó el despertador, y enseguida recordó qué plan tenía para hoy. Se despertó y saltó de la cama para ir al baño. Hizo todo su ritual mañanero hasta que se encontró desayunando en la cocina, masticando sus cereales crujientes que nadaban en el tazón de leche que se había preparado. Pronto estuvo lista para ir hasta el almacén de la bodega, allí preguntaría si trabajaban con un trozo de cuerda como la que ahora Amalia tenía entre sus manos. La guardó en la mochilita, junto con el móvil. Decidió ir en coche hasta el lugar, era la forma más rápida de llegar, tenía demasiadas ganas, no podía esperar. Hizo de nuevo el ritual para sacar el coche del garaje hasta el camino asfaltado que daba a la parte de atrás de su casa. Cerró el portal y se subió al vehículo destino la bodega Domus baco, más bien, el almacén de ésta.

Al cabo de unos 5 minutos, se encontraba estacionando en los exteriores empedrados del recinto. Apagó el motor, puso el freno de mano y suspiró hondo. Estaba un poco nerviosa, el de hoy era un paso importante: hablar con los compañeros de trabajo, incluso el jefe de Javier Álvarez, en definitiva, con unos desconocidos sospechosos, todo a causa de una investigación de andar por casa. En fin, a ver cómo salía la "entrevista", por el camino estuvo ensayando algunas preguntas mientras conducía. Bajó del vehículo y se dirigió hacia el portalón que se encontraba abierto hasta la mitad.

-¡Hola!- gritó

-...

De fondo se oía gente trabajar. Intentó de nuevo, más cerca.

-¿¡Hola!?

Un hombre la había escuchado y se acercó hasta ella.

-Hola.

-Buenos días, disculpe, ¿es usted el jefe del almacén?

-No, yo no. El jefe está en la oficina- dijo señalando hacia una especie de cabina que se veía allá en lo alto -¿Quiere que le vaya a avisar?

-Sí por favor, tengo que hablar con el jefe sobre un asunto importante.

-De acuerdo.- El hombre se encaminó hasta la oficina, intercambió algunas palabras con el jefe de Javier con la puerta abierta a su espalda y unos segundos después le hizo un gesto a Amalia para que se acercara ella también. Amalia se dirigió con ímpetu hasta la cabina y aquel hombre los dejó solos retomando sus labores de trabajo.

-Hola, buenos días, me llamo Amalia y vengo de parte de la familia de Javier Álvarez Expósito.

-Hola, sí dime.

-Verás, quería hacerle unas preguntas sobre Javier, era trabajador de su empresa ¿verdad?

-Sí, bueno, yo sólo soy el jefe de este almacén de arriba, el jefe como tal se encuentra en la oficina de la bodega, la que es cara al público, abajo, en la carretera de Tui-La Guardia.

-Ah, pero de alguna manera usted tiene un cargo más alto en sus funciones ¿no?

-Sí, superviso el trabajo de este almacén y estoy para cualquier problema que pueda surgir, antes trabajaba abajo, con mis compañeros, pero me ascendieron hará cosa de 3 años.

-Ahá, entonces más o menos es usted el jefe de Javier Álvarez, ¿qué tal era en el trabajo?

-Ah, pues muy bien, era un buen trabajador, posiblemente el que tenía más antigüedad en la bodega, pero ¿usted es de la policía?

-No, yo sólo vengo de parte de la familia, en realidad, estoy investigando por mi cuenta, siempre para sumar y ayudar en la investigación.

-Ah, ya me parecía... es que la policía ya vino el otro día a hacernos unas preguntas.

-Si, me imagino, pero ¿le han preguntado por esto?- Amalia extrajo de su mochila el trozo de cuerda negra que había encontrado hacia ya dos días.

-Pues no- dijo el hombre asombrado y se limitó a observar el pequeño pero palmario trozo de cuerda que le ofrecía la joven.

-¿Tienen en el almacén una cuerda como ésta?

-Sí- dijo el hombre serio y contrariado -trabajamos con ella bastante.

-No le puedo decir mucho pero, me gustaría verla para asegurarme. Sería de gran ayuda para la familia- añadió Amalia.

-Sí, claro, por supuesto, hablaré con algún trabajador para que pueda enseñársela.

-Muchísimas gracias.

El hombre salió de la oficina y bajó las escaleras que daban acceso a ella. Habló con el primer trabajador que encontró mientras Amalia se asomaba desde la puerta de la oficina al exterior. El jefe le hizo un gesto a Amalia para que bajara y por el camino se cruzaron. Él le explicó que Juan sería el encargado de mostrársela y señaló para el otro hombre, instándola a ir con él. El jefe subió las escaleras y la chica se acercó a este otro trabajador, distinto al que la había recibido. Se fueron juntos a la parte del fondo de aquel almacén al aire libre, sin techo, a una zona en la que había todo tipo de herramientas y materiales para la cosecha de la uva y su plantación y cuidado. Protegidas debajo de un techo, ex profeso para la indumentaria y la maquinaria que se acaba de mencionar, se encontraban metros y metros de cuerda negra enrollados en círculo.

-Casualmente nos faltó una madeja de cuerda en estos días, pero luego apareció- dijo el trabajador, extrañado.

-¿¡En serio!?- se le escapó a Amalia muy sorprendida. -¿Y saben quién pudo haberla cogido? Quiero decir, no es habitual que desaparezca ¿verdad?

-No, este es su sitio, siempre que la necesitamos está aquí, y si se acaba se le avisa al jefe y siempre van a por más en el día.

-¿Y quién la cogió?

-Ni idea, pero faltó una madeja entera. A ver, había más cuerda, no hubo ningún apuro, pero lo extraño es que hoy me parece, sí, esta mañana, volvió a aparecer. Supongo que sería alguien que le hizo falta y se le olvidaría colocarla en su sitio, pero tampoco hubo nadie a quien se le olvidara, según me contaron mis compañeros. Ya sabes, al final nunca es nadie. Pero la persona que la cogió la devolvió, así que no le di más

importancia.

Amalia se quedó estupefacta, acababa de comprobar que la cuerda negra que ella tenía se correspondía con la que utilizaba la bodega y a la vez, que la persona que vio ayer muy probablemente fuese el asesino de Javier. La joven se despidió, agradeciendo la molestia por haberle tenido que enseñar la cuerda y se fue por donde había venido. Atravesó el portalón y montó en su coche. Demasiada tensión acumulada, esa tarde posiblemente iría a correr para relajarse.

Al acabar el último trozo de comida que había en el plato, Amalia se limpió las comisuras de su boca con la servilleta, bebió un último sorbo de agua y se fue al sofá a descansar. El cansancio hizo mella en la chica y poco a poco se fue quedando dormida, hasta que se acomodó en él y estiró su mantita por encima. Estuvo durmiendo cerca de una hora y media. Cuando se despertó, lo hizo con gusto, complacida por la siesta tan agradable que acababa de echar. Puso música en la minicadena, esta vez Schumann, su concierto para piano op.54 Allegro affettuoso, Intermezzo Andantino grazioso y Allegro vivace, y se dispuso a lavar la loza. Aquella melodía la relajó mucho, lavó sin prisa y cuando hubo acabado, se vistió unas mallas y una camiseta, se calzó los tenis y se enfundó su Casio. En esta ocasión decidió ir sola a correr, con la única compañía de sus cascos de música que le amenizarían la ruta. Salió de casa, puso el cronómetro, tenía pensado hacer una hora, y echó a correr por el camino de atrás. Atravesó todo el bosque que había detrás de las últimas casas y fue por la carretera pasando por los viveros que había antes de cruzar el puente del vial. Ya al otro lado, subió toda la cuesta que llegaba al almacén de esta mañana y un poco más adelante se encontraba la fuente nº15. Llegó hasta ella, paró a beber, dejando correr un poco el agua del principio y continuó su trayecto. Tomó el camino del medio porque era llano, hoy no le apetecía desniveles y cuando llegó al cruce por el que habían subido el día anterior decidió dar vuelta, ya llevaba media hora. Hizo lo mismo pero a la inversa, de nuevo vio los últimos paisajes por los que había pasado, las bostas de caballo que había esquivado, un tornillo enorme probablemente de algún tractor de las viñas y aquel olor a mimosas, tojos y brezos que desprendía el monte en aquella época del año. Comenzaba la primavera, aunque el cambio de estación no se daba hasta el día siguiente, 20 de marzo, pero el tiempo meteorológico desde luego ya había hecho que las plantas floreciesen, que el polen manchase los caminos, que los pétalos de diente de león emprendiesen su vuelo por el aire como los copos de nieve en Navidad y que los helechos empezasen a crecer desenrollando sus hojas enrizadas en el letargo del invierno. Iba escuchando su música preferida en el mp4 y sumiéndose en una burbuja gracias a los cascos que la insonorizaban de cualquier ruido, incluso si pasaba algún vehículo por su lado. De pronto, notó un pinchazo en su

brazo derecho y al poco tiempo se desvaneció.

Poco a poco fue recobrando el conocimiento y se dio cuenta de que se encontraba maniatada en medio de un claro en el monte. Se incorporó y se sentó en el suelo, por suerte no había pinchos, era más bien pedregoso, y observó las ataduras de pies y manos. Entonces empezó a hacer memoria y lo último que recordó fue un pinchazo en el brazo derecho y luego, nada más. Era evidente que la habían secuestrado, probablemente le habían inyectado algún somnífero por vía intravenosa para así poder maniatarla y dejarla donde quiera que estuviese en el monte. En ese momento, le vino a la cabeza la canción 'Hey' de Pixies, quizás la había escuchado durante el trayecto de vuelta, "we're chained, chained, we're chained, chaineed", casualidad que ella ahora estaba "encadenada", quizá por eso se le vino a la cabeza, estímulo-pensamiento. Miró a su alrededor y se vio sola, ¿dónde se suponía que estaba/n su/s secuestrador/es? Ahora eso daba igual, con la fuerza que le infundía esa canción en su cabeza, empezó a tratar de zafarse de las ataduras. Cogió una piedra afilada y la frotó contra las cuerdas que le ataban los pies, un momento, ¿otra vez la cuerda negra? Ya venía sospechando que el autor del asesinato de Javier Álvarez Expósito la había secuestrado ahora a ella, pero, qué casualidad que con la misma cuerda ¿le pasaría lo mismo a Amalia, intentaría hacerla desaparecer matándola primero? No quería correr esa suerte así que frotó y frotó con la cuerda turgente. Se echó por lo menos 10 minutos para conseguir romper las fibras de la primera vuelta que daba la cuerda a sus tobillos, y entonces le resultó fácil ir desenrollando el resto de vueltas que daba a sus pies. Cuando los tuvo liberados, se colocó la piedra entre los dientes y frotó menos fuerte esta vez, la cuerda de sus muñecas. Estaba cansada pero no podía parar, frotaba y frotaba haciendo fuerza hacia afuera con las manos para tensar mucho muchísimo la cuerda. Esta vez tardó más del doble en zafarse de las ataduras, pero lo consiguió, y el estribillo de la canción de Pixies volvía de nuevo, con más volumen, a retumbar en su cabeza. Y así empezó a correr, sin mirar atrás y con 'Hey' sonando en su cerebro "we're chained, chained, we're chained, chaineed, we're chained, chained, we're chained, chaineed". Corrió veloz como un rayo intentando averiguar dónde se encontraba y hacia dónde tenía que ir, pero no reconocía nada. Siguió corriendo siempre en línea recta y hacia una dirección intuitiva, hasta que de repente, pasó por un cortafuegos que le sonaba y decidió bajar por ahí. Dada la velocidad que llevaba, se precipitó por él y acabó rodando un buen rato, magullándose por todas partes, pero logró frenar con los brazos y las piernas y se levantó. Se examinó rápidamente, pero ahora no era el momento de ver las heridas, ya lo haría en casa, ahora debía correr hasta echar el hígado, de lo contrario la atraparían. El cortafuegos atravesaba perpendicularmente un camino a media altura que ya le resultaba familiar, de modo que siguió por ese camino hasta que fue a dar al camino del medio en un punto muy adelante, más cerca de otro

pueblo que del suyo. Corrió hasta llegar a casa, doliéndose por todas partes, hasta que por fin vislumbró el monte de detrás de las casas vecinas y lloró, lloró por el miedo y la tensión acumulados y por sentirse a salvo, aquel lugar ya era casa. Llegó extenuada a la cancilla, la abrió chirriante contra el suelo, pues ya estaba un poco desvencijada, y en unas zancadas alcanzó la puerta de entrada. Llamó al timbre. Cuando salió a correr no había llevado la llave, pues su marido se encontraba en la casa y allí estaría hasta que ella volviese. Llamó otra vez, no se aguantaba, el que espera desespera, como dice el refrán. Su marido le abrió la puerta, extrañado, y ella se coló para adentro. Estaba sucia de los pies a la cabeza y rascada en todas partes.

-¡Hola amor!- y se echó a llorar -no te vas a creer lo que me ha pasado-. Su marido la miró de arriba a abajo, parecía no comprender.

-¡Me han secuestrado! ¡En el monte!

Capítulo 7

-¡Hola amor!- y se echó a llorar -no te vas a creer lo que me ha pasado-. Su marido la miró de arriba a abajo, parecía no comprender.

-¡Me han secuestrado! ¡En el monte!

Capítulo del asesino

No entraba en mis planes convertirme en asesino. Y ahora la tengo a ella secuestrada en el monte ¿cómo se me ha ido todo de las manos? Calma, calma, por el momento nadie sospecha nada de mí. Yo controlo la situación. En el primer asesinato no quería hacerlo, pero no hubo más remedio. La cosa se puso fea y tuve que matar a Javier. Si Javier no lo hubiese descubierto, nada de esto le habría pasado. Eso es, en realidad fue culpa suya. Sí, todo fue culpa suya, yo no quería matarlo. Javier tenía que haber estado callado y meterse en sus asuntos, de esa forma no le habría pasado nada. Pero como siempre, tan íntegro y sincero. Pero todo está bajo control, nadie sospecha de mí.

Ahora tengo que hacer lo mismo con ella, no puedo cometer ningún error. ¿Seré capaz de matarla? Vamos, ya lo has hecho una vez, puedes hacerlo una más, es fácil. Igual que a Javier, la matas y te deshaces del cuerpo en la playa que hay debajo del puente internacional, el que une España con Portugal. La echas allí y pronto se sumergirá en el profundo río y las corrientes se deshacerán de ella. Con suerte, pasará tanto tiempo en el río que llegado el momento en que salga a flote, ni sus familiares la reconocerán debido al estado de descomposición en el que se encontrará. Esperemos que el río Miño no la devuelva tan pronto como a Javier, que apareció dos días después en la orilla del río, en la pasarela que va bordeándolo hasta Eiras.

Sí, tengo que hacer lo mismo con ella, me enteré de que está investigando por su cuenta el asesinato de Javier y puede saber ya muchas cosas. El otro día, por ejemplo, me pareció verla en el monte, con el perro, si hubiese visto cómo devolvía la cuerda negra con la que maniaté a Javier, me metería en problemas, así que tengo que hacerlo, por segunda vez en estos últimos siete días. De nuevo no me queda más remedio, en el primer caso fue por un motivo que acabaría con una parte de mi vida y en este segundo caso, porque estoy en un callejón sin salida, no quiero ser delatado e ir a la cárcel. La cuestión es... ¿cómo la mato? A

Javier le había inyectado estricnina y murió casi una hora después. Un pequeño pinchazo en el cuello y la dosis administrada fue letal. Limpio. Sencillo.

El asesino abrió la puerta de la nevera y se puso a buscar algo con lo que matar a su víctima.

Tengo que darme prisa, puede despertar en cualquier momento, la he dejado maniatada en el monte, muy cerca de Estás y lejos de donde ella corría. A ver, tiene que ser algo diferente, para que no relacionen las dos muertes. ¿Qué puede ser? ¡Ah! ¡Ya lo tengo! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Puede que esto no deje rastro alguno.

En ese momento, el asesino dio con la clave: una inyección de...

Capítulo 8

En ese momento, el asesino dio con la clave: una inyección de...

Amalia le contó a su marido lo que le había sucedido y él la miró atónito durante todo el tiempo. No acababa de comprender cómo era posible que hubiera logrado deshacerse de aquellas ataduras de pies y manos y cómo su mujer había sido tan valiente y no había dudado en poner en marcha su plan de escape. Con éxito además.

-La próxima vez llevaré a Pongo, no puedo ir sola de ahora en adelante mientras dure esta investigación- afirmó. Su marido asintió, aprobando su decisión.

Aquella fue una cena diferente, llena de detalles y recuerdos de la huida en el monte, de explicaciones y toda clase de demostraciones de cómo había logrado escapar desde un lugar remoto en el medio del monte. Por supuesto duró más de lo habitual, pero Amalia no tardó en tener sueño y sentirse cansada tras una tarde como aquella. Así que decidió irse para cama, descansar y recuperarse de aquel trauma que podía haber supuesto para ella su secuestro.

A la mañana siguiente Amalia se despertó muy cansada y demasiado tarde para su hora corriente de levantarse, pero en aquellas circunstancias era normal, la tarde anterior había sido insólita. Aún así se irguió de la cama y se preparó para su plan matutino con Pongo, puede que les llevase toda la mañana y parte de la tarde, de modo que tendrían que llevarse algo de comida por si apretaba el hambre. Después de desayunar, Amalia se preparó un bocadillo de jamón serrano y llenó dos botellas de agua para la ruta. A Pongo le llenó su cuenco un poco más que de costumbre porque preveía un ejercicio intenso. Amalia llevó todo para el coche, abatió los asientos, y colocó detrás su bicicleta. Pongo tendría que apañárselas yendo detrás con el velocípedo. El labrador subió al coche, la joven cerró el maletero y una vez más todo el ritual de salida del garaje. Dirección: Portugal, la senda ciclable que une Vilanova de Cerveira con Valença y ésta a su vez con Monçao. Una senda para bicicletas y peatones que va a la par del río Miño subiendo su curso hasta llegar a la paralela localidad de Tui. Un poco más adelante, frente a Monçao, Salvaterra do Miño, pudiendo cruzar siempre al otro lado a través de los

puentes internacionales. En el caso de Tui, poseía un puente muy antiguo, algo angosto para los coches, pero con el encanto de ser de piedra y hierro y pasar las vías del tren por el segundo piso.

No sabían muy bien hasta dónde llegarían, pero tenían todo el día por delante. Aparcaron en el Parque de Praia da Lenta, ya en la ribera de Portugal, al otro lado y bajo el puente internacional de Vilanova-Goián. Pongo salió disparado para afuera para respirar el airecito portugués, y Amalia sacó su bici cerrando tras de sí el maletero. Se encajó la mochila, se colocó el casco, cerró el coche y allá partieron los dos amigos para tierras portuguesas más lejanas. Enseguida llegaron a Valença, localidad lusitana enfrente de Tui, pero viendo la capacidad de ambos y sus fuerzas decidieron seguir hasta Monçao. Por el camino Amalia iba pensando en el caso, no se lo quitaba de la cabeza. Le rondaba la idea de pedir trabajo en la bodega para trabajar en el mismo almacén que lo hizo Javier Álvarez y conocer así a sus compañeros de trabajo e ir cerrando el cerco. El camino de ida y vuelta le sirvió a la chica para tomar la decisión. Cuando llegaron a Monçao decidieron parar a comer allí. Para ello cruzaron otro puente internacional y se dirigieron al parque da Canuda, en Salvaterra do Miño. Un sitio perfecto para detenerse a descansar mientras Amalia se tomaba su bocadillo. Y cuando esto hubo acontecido, tomaron el camino de vuelta. Era primera hora de la tarde y apenas se cruzaban con gente. Llegaron a Valença otra vez y pararon a descansar un rato. Esta localidad tenía una fortaleza, al igual que Monçao, preciosa, que albergaba vida en su interior, pues muchos establecimientos de ropa, sábanas y toallas se encontraban dentro, restaurantes y también viviendas. Siempre estaba muy bien preparada, el césped bien arreglado le daba buen aspecto. Y frente a Valença se encontraba Tui, tampoco nada que envidiar porque desde donde ellos se habían parado se veía la catedral en lo más alto, ningún otro edificio que superara al religioso, y hacia abajo, de forma escalonada, se veían las casitas antiguas de piedra alrededor formando parte de un casco histórico con mucho encanto. A la orilla del Miño, el embarcadero con su club de remo y a su izquierda, visto desde el lado portugués, el puente internacional antiguo por el que todavía hoy pasa el tren que conecta ambos países. Un poco más adelante se encuentra el puente más nuevo que desemboca en la gran zona de supermercados y centro comercial muy visitado por nuestros vecinos portugueses. Cuando Amalia y Pongo recuperaron el aliento, retomaron el paseo en bicicleta bajando ya hacia Vilanova de Cerveira, pueblo donde ellos habían estacionado. Este último tramo fue bastante útil para la joven pues fue ahí cuando se decidió a ir a la tarde a la bodega y hablar otra vez con el encargado. Así pues, llegaron a su destino y punto de partida sobre las cuatro de la tarde, y la verdad es que llegaron bastante cansados, Pongo no había hecho esta ruta desde hacía dos años. Pero se acordaba, la primera vez había sido toda una caja de sorpresas en forma de olores y formas nuevas que tenía el trayecto. Montaron de nuevo en el coche y se despidieron mentalmente del lugar y de la ruta, Pongo más bien profirió un iguau! en su idioma

perruno.

Al llegar a casa Amalia se dio una ducha, merendó algo y se sentó en el sofá a descansar antes de ir a la bodega. Estuvo un rato con su pareja, comentando la nueva idea que se le había ocurrido y después de un tiempo se preparó para marchar. Pongo se quedó en casa, bien se lo merecía y lo agradecía.

Amalia se desplazó sola en el coche hasta el almacén al que había acudido días atrás. Por el camino recordó que hoy era 20 de marzo, día en que comenzaba la primavera, puede que ella también empezara hoy un nuevo trabajo, y con él se relanzaría su investigación. Llegó, aparcó y fue hasta aquel lugar que ya le resultaba familiar. Preguntó al primer trabajador para hablar con el jefe y la mandó a la oficina que ya conocía. Después de los saludos pertinentes y una charla amistosa, Amalia salió de la oficina con una sonrisa en la cara, pues el primer paso importante por su parte ya lo había dado. Tenía el trabajo. Podría empezar mañana si a ella le iba bien, y así fue, al día siguiente la joven fue hasta el almacén de la bodega en calidad de trabajadora y de investigadora en la sombra, esto último, secretamente.

Un mes más tarde...

Amalia ya llevaba trabajando un mes en el almacén y ese había sido tiempo suficiente para conocer a todos los trabajadores compañeros de Javier. Había que reconocer que a la joven le había costado levantarse para ir al trabajo, se notaba especialmente cansada, por otra parte normal, pues el trabajo le hacía llegar a casa pidiendo siempre una ducha, una buena cena y su cama. Y allí había conocido a Juan, a Miguel, a otro Javier, a Anselmo, a Paco y a Pepe. Con ella eran siete trabajadores. Siete sospechosos contando con el encargado. El primero de ellos fue el que cogió más confianza con la chica y al que le sustrajo más información de Javier que al resto. Y es que Juan le contó a Amalia que Javier le había confesado que recibía amenazas en el buzón de su casa. Eran cartas anónimas, sin remitente, y con letras recortadas de revistas o periódicos para no adivinar así la letra del acosador. Quizás por eso se conocían, el asesino tendría miedo de que Javier reconociera su letra y lo delatara. Al parecer, esas amenazas eran por una mujer, sí, parece que Javier estaba relacionado con alguna mujer que al acosador también le interesaba. Amalia recordó que su madre le había dicho que no tenía novia y no había

estado casado ni tenía hijos. Con lo cual, no debía ser algo oficial, todavía incipiente para que Javier no le contara nada a su madre.

Y esto es todo cuanto Amalia sabía sobre el asesino, no se trataba de un asunto de drogas sino de un lío de faldas. La joven le preguntó a Juan si sabía de qué mujer se trataba, pero éste lo desconocía completamente. Javier era un hombre discreto, decía, buen chaval pero muy introvertido.

Capítulo 9

La joven le preguntó a Juan si sabía de qué mujer se trataba, pero éste lo desconocía completamente. Javier era un hombre discreto, decía, buen chaval pero muy introvertido.

Vio su reflejo en el espejo. Su tez estaba más morena. Como resultado de todas las caminatas que hacían ella y Pongo, y alguna vez ella sola, su piel se estaba bronceando. Se había levantado muy tarde y no había podido acudir al trabajo. Últimamente no sabía qué le estaba sucediendo, pero dormía mucho y se levantaba muy tarde, y hoy era la primera vez que el sueño se había prolongado tanto que ya sonaba la una de la tarde. Debo ir al médico, pensó Amalia. Si no corregía su hipersomnia, no podría mantener su trabajo. Acto seguido se pinchó su insulina, como cada mediodía, antes de comer, porque la posibilidad de ir al almacén ya la había descartado. Mañana me levantaré temprano, no puedo volver a faltar, le diré al encargado que tuve que ir a una consulta con el médico de cabecera y que se me había olvidado comentárselo. Pero lo segundo lo haré de verdad también. En cuanto tenga un hueco pido cita. Su barriga rugió por el hambre, el apetito estaba llamándola para que ingiriera algo de comida. Miró su mano derecha y fijó su mirada en el anillo de compromiso. Habían pasado cuatro años desde el día en que se habían comprometido ella y su marido. Aún recuerdo tus palabras en mi oído Leandro, siempre te protegeré. Amalia sonreía al recordar la promesa que su marido le había hecho el día de su boda, cuando ella llegó al altar. Su barriga volvió a rugir, esta vez fue un ruido prolongado que la hizo despertar de sus ensoñaciones y volver al presente. Una de la tarde, hora de prepararse la comida. Después de comer pediría cita a través de internet, para averiguar qué le estaba pasando con sus ciclos de sueño/vigilia.

Amalia se preparó ensaladilla rusa, un plato rápido gracias al preparado congelado que guardaba siempre en el congelador para los días apurados como éste. A lo cual le añadió huevo duro, atún en escabeche, pimienta morrón y aceitunas verdes, todo bien untado de mayonesa. No estaba muy fría por la falta de tiempo en el refrigerador. A la noche la volvería a comer y estaría perfecta. Cuando acabó de comer se puso frente al ordenador para coger una cita médica. Aquello iba muy lento pero finalmente llegó al último paso donde podía escoger el día y la hora. No

había hueco hasta dentro de un mes, así que cogió el primer día que había del mes de mayo, el 19, un lunes, a las nueve de la mañana, lo antes posible a pesar de aquel retraso monumental. Apagó el ordenador y se echó en el sofá para dormir una siesta, increíble pero cierto, tenía una cierta somnolencia después de haber llenado su estómago con rica ensaladilla rusa y un postre de arroz con leche. Para cuando se despertó ya eran las cinco, así que lavó corriendo la loza y luego se fue con Pongo al monte de Goián.

Mientras subía la cuesta de los castaños, justo después de pasar por la fuente nº15, escuchó al cuco cantar desde un punto próximo a su ubicación. Pongo iba delante, olisqueando las orillas en busca de alguna señal de algún perro que él no tuviera fichado. Desde su secuestro, Amalia no había vuelto al monte sin él y hoy volvería al lugar donde la habían tenido retenida de manos y pies. Rezaba por recordar el camino que le llevase hasta el lugar exacto.

El mayo florecía como explotan las palomitas de maíz, y rezumaba su característico olor. El monte se teñía de amarillo entre este numeroso arbusto y el tojo, que aún sin olor, aportaba también con su color amarillo. Era la época del año en que más bonitos y floridos se encontraban todos los montes. Hacía un mes que la primavera había hecho acto de presencia. Al igual que aquél, los montes de Portugal eran una preciosa fotografía de la primavera a su paso por ellos. Diferentes tonos de verde y amarillo bañaban el valle del Monte da Pena en Vilanova de Cerveira y el monte del ciervo.

Nuestros amigos caminaron durante horas, hicieron varios kilómetros buscando el lugar del secuestro. Intentaron desandar el camino que le había quedado grabado a Amalia en su cabeza, subiendo por un cortafuegos por el que en tiempos bajó rodando y magullándose toda. Hasta que por fin pisaron el lugar que Pongo desconocía, pero que su amita, por el contrario y muy a su pesar, había conocido bien en momentos de confusión y pavor. Todavía estaba la cuerda negra con la que había sido maniatada y Pongo, como algo nuevo que era, la olisqueó, mordió y jugó con ella. Amalia estaba cansada, pero no temía, pues esta vez no se encontraba sola, Pongo la defendería si el supuesto secuestrador estuviese cerca de la zona. Volvió a echar un vistazo 360º para grabar el lugar en su mente. No había denunciado el secuestro, no quería hacerles saber a la Guardia Civil que ella estaba investigando por su cuenta. El día que acudiese a la comisaría de policía, sería el día que tuviese el nombre de quién mató a Javier Álvarez Expósito y fue autor de su secuestro. Pero hasta entonces nada de nada. Además, todo había salido bien, sólo lo sabían ella y su marido, a quien también le pareció

buena idea no poner en conocimiento a la Guardia Civil de aquello, quién sabe, quizás podrían acabar sancionando a Amalia por intromisión y sobre todo ocultación de pruebas como la cuerda negra, y entonces pasaría a ser la sospechosa número uno: encuentra su cadáver, oculta una prueba importante... Mejor así, sin problemas. Al fin y al cabo él sólo quería lo mejor para su chica, tenía que protegerla.

En aquel lugar Amalia recordó que Miguel no se llevaba bien con Javier, le había comentado Juan. Rivalizaba con él por ser el más antiguo de la empresa, Miguel era el siguiente. A veces tenía ínfulas de líder y quería ser el más respetado por todos, ser el jefe dentro de la cuadrilla, algo que a Javier no le gustaba, le caía francamente mal. Pero su carácter no era belicoso, con lo cual no era él quien empezaba las discusiones acerca del liderazgo del grupo. Sólo se imponía cuando veía que éste se estaba pasando de tirano, entonces las broncas eran fuertes, su personalidad tranquila e introvertida mutaba en una fuerte y contundente, lo que en inglés viene a ser 'stick to your guns'.

Estaba oscureciendo, de modo que Amalia y Pongo decidieron emprender el viaje de vuelta, para llegar antes de que cayera la noche. Sólo quedó en el lugar la cuerda negra. Aquel día habían recorrido como una etapa del Camino de Santiago, llegaron a casa hechos polvo. Amalia se quitó sus tenis, se colocó sus zapatillas y se sentó con un hondo suspiro en el sofá de casa. Pongo se fue a dormir a su camita, estaba tan cansado que ni ganas de comer tenía, pero sí de beber, pues dio un largo trago en su bebedero, chapuzando hacia afuera. No se supo nada de él hasta la hora de ir para cama. La joven solía ir a darle las buenas noches junto con su marido Leandro, se despedían de él con unas caricias y unos azotes amistosos en su costado. Sin embargo, antes de que Amalia fuera a junto de Pongo para comprobar si éste se había comido ya toda la cena, apareció en su habitación trayendo en su boca dentada ni más ni menos que otra cuerda negra! Amalia y su marido se quedaron estupefactos. No se lo podían creer. La chica reaccionó: ¡Pongo! ¿Qué es eso que has traído? ¿De dónde lo has sacado? Pongo se limitó a dejar encima de la alfombra, a los pies de Amalia, que se encontraba sentada en la cama con ellos colgando, la cuerda enrollada.

Capítulo 10

La chica reaccionó: ¡Pongo! ¿Qué es eso que has traído? ¿De dónde lo has sacado? Pongo se limitó a dejar encima de la alfombra, a los pies de Amalia, que se encontraba sentada en la cama con ellos colgando, la cuerda enrollada.

Eran las nueve de la mañana, Amalia miraba su reloj con impaciencia, estaba en la consulta del médico por la cita que había puesto hace casi un mes con motivo de su hipersomnia. Aquel problema había ido degenerando y Amalia se encontraba bastante asustada. Al poco de comenzar la investigación había empezado a sufrir esa somnolencia excesiva que la hacía despertarse muy tarde y casi perder su trabajo. En este último mes concretamente, había tenido que poner un montón de excusas por haber llegado tarde al almacén. Había tenido suerte porque el encargado confiaba en ella, quizás por ser la única chica del almacén, y todos sus compañeros estaban volcados con ella, la ayudaban en sus tareas, se preocupaban de que no cargara con mucho peso, le daban algún consejo para descansar bien, por si en realidad la hipersomnia se debiera a un mal descanso en la noche que luego se prolongaba durante el día, y alguno de ellos incluso especulaba con la idea de que pudiera estar embarazada. Esta última opción Amalia la había descartado pronto haciéndose varios test de embarazo a lo largo de este tiempo. Todos daban el mismo resultado, negativo.

A medida que se acercaba el día de la cita médica, la ansiedad de Amalia se disparaba más y más, temía por su salud, por si tuviera una enfermedad grave. Era joven, tenía 27 años, no tenía antecedentes familiares graves pero quien sabe, la naturaleza es azarosa y a lo peor le ponía en el camino una dura enfermedad que superar. Desde luego, si su salud no era espléndida, sí lo era su belleza. Era rematadamente guapa. Su piel clara y su pelo pelirrojo la hacían una chica a destacar en el montón. Su cabello se rizaba hacia las puntas y se ondulaba en su larga melena, y cuando el sol le daba de lleno, su pelo descubría unos reflejos en varias tonalidades que iban desde el rubio fresa hasta el castaño rojizo. No tenía pecas, tenía una tez impecable, y unos labios carnosos y colorados. Sus ojos color miel se dejaban ver rodeados de unos pestañas largas.

¿Amalia Martín Lorenzo? La médica salió a la sala de espera buscando con la mirada a Amalia y ésta se levantó con ansiada voluntad. Se dirigió

hacia el interior de la consulta y la puerta se cerró delicadamente.

-Dígame ¿cuál es el motivo de su consulta?

-Pues verás, hace un tiempo vengo notando un cansancio bastante inusual, de hecho duermo muchísimo. Me levanto tarde, aunque ponga el despertador. Casi pierdo mi trabajo por este motivo.

-Ahá, ¿alguna alergia o enfermedad?

-Sí, soy diabética.

-Ah, eso es importante, mira, vamos a hacerte una analítica para descartar posibles opciones y después hablamos, ¿de acuerdo?

-Vale

-Muy bien, pues llevas este papel a recepción y ya te dan ellos cita, ¿sí?

-Perfecto, muchas gracias.

-De nada, hasta luego.

-Hasta luego.

Amalia se despidió un poco decepcionada por la brevedad de la consulta, realmente ella estaba muy preocupada porque su problema no parecía demasiado normal. Supongo que tendré que relajarme, pensó, estos últimos dos meses están siendo muy excitantes, primero encuentro un cadáver, luego empiezo una investigación, también comienzo a trabajar, en fin, supongo que mi cuerpo no estaba acostumbrado a tanta marcha y me está pidiendo una tregua. Se dirigió a la cola que venía del mostrador y allí estuvo esperando hasta que le tocó a ella. Después de un par de minutos en recepción, Amalia salía ya con su cita para la semana siguiente, a las 8:30 de la mañana en ese mismo Centro de Salud. Le recordaron que tenía que venir en ayunas y ser puntual. Vaya, justo lo que a ella más le costaba últimamente.

Ese día lo había pedido libre para ir al médico así que el resto de la mañana la pasó en casa leyendo.

Se tomó la semana con más calma, intentando relajarse con meditación guiada, escuchando música clásica para cocinar, pintando mandalas y yendo con Pongo a caminar por las tardes. Hasta que llegó el lunes del análisis. Amalia se despertó a tiempo gracias a los tres despertadores que había puesto, el Casio, el despertador de mesilla y el móvil, con su

melodía a todo volumen. Amalia condujo hasta el Centro de Salud, aparcó y se sentó en la sala de espera que le indicaron en recepción. Pronto le tocó a ella, aquello iba en hora. Se remangó el brazo izquierdo mientras la enfermera le daba conversación sobre el tiempo y temas de actualidad. La joven vio cómo extraían la sangre de su brazo y cómo la jeringuilla se llenaba con el líquido color rojo oscuro. Apenas se mareó. Cuando la extracción hubo terminado, Amalia se fue para el coche y decidió parar en el supermercado que le quedaba de camino a casa para hacer las compras de la semana y comprarse un algo rico como premio por su valentía a la hora de ver la sangre y no caer redonda al suelo y por su puntualidad. Su estómago ya comenzaba a rugir y la cesta de la compra hoy llevaba algo más a casa, es verdad que no debe hacerse con hambre porque compras más, Amalia lo estaba comprobando esa mañana, pues muchas cosas que normalmente no le apetecían, hoy sí era el caso.

Todo transcurrió con normalidad en los días siguientes. Amalia había pedido un cita telefónica para la semana siguiente, principios de junio, para que le comunicaran los resultados del análisis, y a media mañana la recibió. La médica le dijo que estaba todo en orden, que no se preocupara, quizás podía deberse a la astenia primaveral muy típica de ese tiempo, pero le recomendaba que si seguía así a lo largo del verano, no dudase en volver a pedir cita con ella para ver que podría ser. Si lo necesitaba le daría unas pastillas para el hierro, que lo tenía tirando a la baja dentro de los parámetros normales, pero de momento no lo veía necesario. Se despidieron y Amalia colgó. Decepcionada otra vez por no encontrar nada cuando ella notaba que a su organismo le estaba pasando algo raro, pero a la vez aliviada porque no tenía ninguna enfermedad grave. En ese momento y sin saber bien por qué, Amalia recordó la noche en que Pongo les había traído aquel trozo de cuerda negra a los pies, todavía hoy se preguntaba de dónde lo había sacado su mascota. La historia se enmarañaba todavía más, no hacía más que aparecer cuerda negra por todas partes, sin embargo, Amalia notaba que ya estaba cerca del asesino.

Capítulo 11

La historia se enmarañaba todavía más, no hacía más que aparecer cuerda negra por todas partes, sin embargo, Amalia notaba que ya estaba cerca del asesino.

Amalia se había despertado triste, perdida, tan perdida como lo estaba en su investigación. En el almacén todos eran amables con ella, ninguno parecía el asesino de Javier Álvarez Expósito, si bien alguno de ellos lo era. Miguel había sido su sospechoso número uno dado que mantenía una mala relación con Javier, pero hasta él parecía ser inocente en aquel caso tan enroscado. Sin embargo, la operación del encapuchado de dejar la cuerda negra en la noche delataba a uno de ellos. El asesino era hábil, sabía esconderse. No podía ser, Amalia tenía que dar con él. Este caso no se le podía atragantar. Pero lo cierto es que llevaba dos meses y medio con la investigación, y sus fuerzas estaban mermando, se notaba envejecer. Estas últimas semanas parecían haber pasado como años encima. Su cansancio seguía y hoy la tristeza se apoderaba de ella. ¿Quizá era el momento de tirar la toalla, descolgar el teléfono y confesar todo a la Guardia Civil, ya que ella sola no podía resolver el caso? Sería una lástima, si tan sólo tuviera una pista más, que la hiciera avanzar un poquito, eso ya le daría ánimos para continuar. Una señal. Sólo una señal que le indicase el camino.

Mientras tanto Amalia se levantaba apagando el despertador a su paso. Un día más que empezaba. La joven desayunó sus cereales con leche, se vistió para ir al trabajo y condujo hasta el almacén con la facie triste y desnortada. Por el camino se preguntaba si aquello tenía sentido, es decir, seguir yendo al trabajo, fingir ser una trabajadora más cuando en realidad estaba allí para lo que estaba, encontrar al asesino. No llegó a ninguna conclusión, sólo se dejó llevar por sí misma con el piloto automático, conduciendo maquinalmente hasta el aparcamiento que ya conocía. Detuvo el coche y traspasó el portalón del almacén. Los compañeros la recibieron con unos calurosos buenos días, pero hoy era evidente que no lo eran. La jornada transcurrió como era habitual, pero esta vez lenta y pesada. Cuando el reloj del almacén marcó las tres de la tarde Amalia sonrió por dentro y suspiró por fuera porque la condena acababa. Llegó a casa hecha polvo y lo único que se dignó a cocinar fueron unas chuletas de pavo adobadas al ajillo que había comprado a principios de semana. Después de comer vio un poco la tele hasta que prefirió apagar el televisor y desplazarse pesadamente hasta la cama. Allí alcanzó una almohada turgente pero esponjosa y se la pasó por detrás de la espalda. Abrió un libro que tenía a medio leer y posó sus ojos sobre las líneas.

Apenas había leído dos carillas cuando sus párpados se posaron dulcemente sumiéndola en un estado de sueño profundo. Respiración lenta. Latidos lentos. Toda la estancia se apagó para ella. Y allí restó durante dos horas dulces, eternas, reparadoras.

El despertar fue lento, delicioso, como si hubieran despertado a Blancanieves o la Bella Durmiente de su letargo. Pareciendo que Pongo hubiera estado al corriente de todos sus movimientos, se levantó de su camita y se coló en la habitación de su ama, con la lengua de fuera y la cola moviéndose animosamente. -Qué me dices Ponguito, ¿nos vamos al monte a caminar? ¿te apetece?- Pongo se subió con ayuda de sus dos patas delanteras a los muslos de Amalia, intentando lamer la piel de su amita. Aquello era un sí claramente. Pues bien, llenaron las dos botellas de agua que llevarían a la caminata, se prepararon velozmente y en cuestión de unos minutos, la puerta de la entrada se cerró, dejando tras de sí un silencio sepulcral.

Esta vez fueron directamente a la fuente nº15 y subieron por el segundo camino que lleva a la cumbre, un buen trecho empinado. Recorrieron varios kilómetros en lo alto, admirando las vistas maravillosas que se cernían desde allí, esta vez el lado del Rosal, Burgueira y Torroña. Era por la tarde y los pueblos cumbreros estaban en sombra, los montes a contraluz perfilaban el horizonte. Llegado a un cruce a la derecha que desembocaba en el camino a media altura del monte de Goián, descendieron. Y una vez abajo tomaron a la derecha para ir de vuelta a casa. Era principios de junio y los días eran más largos. Era hora de cenar y todavía había luz fuera. La temperatura era agradable, aunque con respecto a la que había a la tarde, ya comenzaba a refrescar. Se les había unido algún tábano en su regreso dado que aquel era un monte donde solía haber caballos pastando.

Casi una hora de caminata de vuelta llegaron a la fuente nº15. Normalmente, al ser una fuente de agua potable de mineralización fuerte suele haber algún que otro coche llenando garrafas y botellas, pero esta vez no había ninguno en las inmediaciones. Donde sí lo había era en el almacén, que a esta hora permanecía cerrado. Vaya sorpresa. ¿Quién podría ser a estas horas de la tarde?

Y fue entonces cuando el encapuchado salió del portalón y se dirigió al coche. Abrió el maletero y metió una garrafa, posiblemente de gasoil para el tractor y imás cuerda negra! Amalia lo tuvo claro, echó a correr en dirección al individuo mientras éste guardaba las cosas en el maletero, lo cerraba y se dirigía a cerrar el portalón del almacén. El ruido de Amalia acercándose a toda velocidad, el de sus piernas contra la gravilla del pavimento sin asfaltar, hizo que el sospechoso se viera sorprendido. Por ese motivo se le cayeron las llaves al suelo, se agachó a recogerlas e intentó cerrar lo más rápido posible sin voltearse para ver quién venía. Cuando el encapuchado consiguió cerrar el almacén, su espalda se giró,

todo su cuerpo lo hizo también, hasta que su identidad se vio descubierta al fin. La capucha hacía sombra en la mitad superior de su cara, tapando la mirada de aquella siniestra figura. Pero a Amalia no le hizo falta ver sus ojos para saber de quién se trataba. Nunca lo hubiera podido imaginar. El mundo se le cayó encima. Su rostro lo conocía bien, había tenido que tratar con él recientemente, sin ir más lejos, hoy mismo.

Miguel se asustó al ver a Amalia parada y respirando ansiosamente.

-Amalia, ¿qué haces aquí?

-Miguel, ¡¿qué haces tú aquí?!

-Nada, venía a recoger unas cosas, nada más.

-¿Y esa cuerda negra? ¿para qué la quieres?

-Emmm... para hacer unos trabajos en casa.

-¿Eres tú, Miguel? ¡¿Eres el asesino?!

-¿Asesino? ¿De qué estás hablando?

-¡Eres tú! ¡No me lo puedo creer, te vi el otro día, vestido con la misma capucha y hoy otra vez aquí! ¡Eres el asesino de Javier Álvarez!

-¿Pero qué dices Amalia? ¡Yo sólo vengo a coger unas cosas del almacén, bueno, a robar, soy un ladrón si lo quieres decir así, pero yo no maté a Javier!

-¿Me estás diciendo la verdad, Miguel?

-Claro Amalia, claro que sí joder. ¿Cómo voy a matar a Javier? ¿Por qué motivo iba a hacerlo?

-Porque te llevabas mal con él...

-Sí pero...

-Y porque apareció con una cuerda negra maniatado.

-¿En serio? No lo sabía...

-Sí, pero eso sólo lo sé yo. También intentaron secuestrarme a mí, ¿sabes?

-¿De verdad?

-Sí, estoy investigando la muerte de Javier, la policía no sabe nada, él me lo pidió, me dejó una nota que iba dirigida a mí.

-Estoy, estoy flipando...

-Sí, yo también... creía que era tú el asesino, el otro día y hoy llevabas cuerda negra y... en fin, realmente pareces un poco sospechoso con esa capucha.

-Bueno, vengo a robar así que... no quiero que nadie me reconozca.

-¿Y desde cuando robas a la empresa?

-Desde hace unos meses, pero no se lo digas a nadie, yo guardaré tu secreto si tu guardas el mío, ¿de acuerdo?

-Hmmmm

-Yo no diré nada de que estás investigando la muerte de Javier, y me imagino que ese será el motivo por el que estás trabajando aquí claro, y tú no dirás nada del robo ¿eh? ¿qué me dices?

-No me gusta hacer tratos con ladrones, pero de acuerdo, no diré nada.

-Eso es, buena chica.

-¡Eso ahórratelo!

Aquella era la pista que Amalia venía suplicando. El encapuchado no era el asesino de Javier, sino Miguel, su compañero de trabajo que por las tardes hacía de ladrón, sólo algunas tardes. La pista en sí no era muy esclarecedora, por un lado disipó las dudas, pero por otro, esquilmó la esperanza de haber estado cerca de descubrir por fin al asesino.

Capítulo 12

La pista en sí no era muy esclarecedora, por un lado disipó las dudas, pero por otro, esquilmo la esperanza de haber estado cerca de descubrir por fin al asesino.

El sol de la mañana se colaba por la última rendija de la persiana, queriendo penetrar e inundar toda la habitación. El amanecer prometía una jornada radiante, ideal para el plan que Amalia y Pongo habían organizado la noche anterior, cuando su marido, Pongo y ella bajaron hasta el río dando el clásico paseo antes de ir para cama. Aquella caminata les despejaba y les cansaba un poco más, por si las energías con las que iban a acostarse eran demasiadas. Esa noche habían bajado no muy tarde, después de cenar, porque el día siguiente era festivo y ya planeaban hacer algo, de modo que no podían demorar demasiado la hora de ir a dormir, sería necesario madrugar.

El paseo nocturno comenzaba saliendo desde el portal de su casa, continuando por el atajo que llegaba al centro del pueblo, donde las obras de la plaza y de los alrededores de la iglesia y comercios ya estaban a punto de terminar. Se trataban de un cambio de pavimento, en algunas partes de piedra y otras de hormigón, con árboles que daban un toque verde y natural al centro urbano. Como siempre, una obra carísima, que no había acabado a tiempo y que ni por asomo sobrepasaba en esplendor a las antiguas construcciones romanas o griegas, siendo éstos mucho más antiguos y con menos rudimento. Pero así era la modernidad, inversión para un cambio que no siempre era a mejor.

A lo largo de todas sus bajadas al río habían visto avanzar la obra a paso lento, muy lento, teniendo que pasar en sus inicios por unos puentes metálicos que permitían el paso temporal de los transeúntes y que cada día cambiaban pareciéndose a una yincana hecha ex profeso para ellos. Pero ya parecían acabar, por fin, prometiendo hacerlo para las fiestas del pueblo que eran a principios de julio, y que sobrepasaban ya esa fecha, pues mañana era el día de Galicia, 25 de julio.

Al pasar por la plaza de abastos se adentraron por los caminos que daban a una conocida tapería de Goián, donde cogieron, en el cruce a la izquierda, siguiendo los caminos de casas evitando la carretera general, que en aquel momento permanecía silenciosa. Volvieron a llegar a otro cruce donde esta vez tomaron a la derecha, para pasar por la finca de un caballo hembra que pastaba en aquel vasto paisaje. De hecho, la finca estaba en venta, encima del número de teléfono aparecían los metros

cuadrados que poseía y efectivamente, era bien grande. Además de la yegua, tomaban protagonismo los magnolios, cuatro, cinco o seis en fila formando una barrera que escondía los otros tantos metros cuadrados que tenía la propiedad. Pero al dar la curva descubrías toda su inmensidad, y su linda equina castaña de crines rubias. Continuando por estos caminos con ese encanto rural, desembocaban en la pista ciclable de color rojo que bajaba hasta el río, y con ella, la carretera general. Ya no podían evitarla más, era necesario seguirla porque estaban cerca de la Fortaleza de San Lorenzo, donde a unos cientos de metros fue hallado el cadáver por Amalia y Pongo. Los alrededores de la fortaleza también habían sufrido una modificación el año anterior, debido a las obras de rehabilitación del parking, y del tramo de la última curva que llegaba hasta el final de la carretera. Otro cambio de pavimento, en este caso asfalto por adoquines, que rodeaban una legendaria encina. Tampoco faltaron árboles alineados decorando el aparcamiento y unas luces solares que servirían para alertar de la peligrosidad de la curva o por lo menos su trazado, porque aquello no había quedado muy claro, suponía un pequeño desnivel para los coches, como un resalto adoquinado del que no había necesidad. Y sólo duraba lo que duraba la curva.

Cuando llegaron a este espacio llamado Espazo Fortaleza, bajaron hasta el río Miño por un camino de tierra aplanada, parte también de la obra. Este camino giraba alrededor del fuerte por uno de sus salientes y luego bajaba al embarcadero. Una vez allí, siempre solían ir a la plataforma flotante, donde la noche anterior habían visto un ciervo volante ya muerto. Después continuaban su ruta por el camino que llevaba al aparcamiento del antiguo ferry y allí, también se detenían a ver las aguas del Miño, que unas veces transcurrían tranquilas, y otras, parecían revueltas, con muchos remolinos. Hubo una vez en aquella zona una nutria, la descubrieron subiendo a una embarcación que allí fondeaba, después se echó al agua porque seguramente no encontró nada de comida. Al día siguiente la volvieron a ver salir a la superficie y sumergirse enseguida, era marrón y resbaladiza, como barnizada, pero nunca más la volvieron a mirar. Pongo ladró mucho al notar su presencia, no le gustaba que hubiese otro ser vivo robándole el protagonismo, pues sus amos se quedaron embelesados con aquella criatura. Y en aquel punto daban vuelta y subían por la carretera hasta llegar al centro de Goián. Una vez habían observado a un tejón dejándose ver hasta la mitad de la carretera, tenía un tamaño mediano y su pelo blanquinegro parecía puntiagudo. No sabían muy bien qué hacía allí, por qué se había alejado tanto del bosque, parecía desubicado. Pero enseguida dio marcha atrás y se adentró por el camino que se encaminaba a su hábitat natural. Aquellos paseos siempre descubrían algún animal, si no era un tejón o una nutria eran gatos de todos los colores.

Su paseo acababa llegando otra vez a la plaza del pueblo y volviendo por el atajo que daba a la casa. Y ese día llegaron temprano, otras veces solían llegar cerca de las doce de la noche. Les llevaba una hora bajar y

subir. Llegaron a casa habiendo decidido el plan para el día siguiente, que era festivo en Galicia: Pongo y Amalia irían a las Pozas de Mougás, y su marido se quedaría en casa trabajando porque tenía algunas cosas pendientes que sacar adelante.

Eran las nueve de la mañana y Amalia se despertaba con ganas de marchar cuanto antes. Así que desayunaron, se vistió con ropa deportiva, y prepararon la mochila donde llevarían la toalla, el bikini y las botellas de agua. Se enfundó su gorro de paja adquirido en el mercadillo de Vilanova de Cerveira, pueblo luso enfrente de Goián que lo celebraba los sábados durante todo el día, y también sus gafas de sol, a veces le eran útiles para conducir.

Condujo hasta el pueblo de Mougás, en el ayuntamiento de Oia, yendo por la carretera que pasa por La Guardia en dirección Baiona. La carretera que llevaba a estas pozas naturales era estrecha, empinada y llena de curvas. Después de unos minutos de dificultosa subida, pues en algún momento les vino un coche de frente y tuvieron que apartarse, llegaron al cruce donde estaban señalizadas las pozas. Allí era necesario dejar el coche y bajar a pie por el camino de monte, bien arrimado a la margen derecha de la carretera. Amalia se colocó su mochila y después abrió a Pongo, que como era de esperar, salió lanzado hacia fuera. Cerraron el coche y se pusieron a caminar. El sendero era de tierra, lleno de curvas también, pero cuesta abajo al menos.

En algún momento del recorrido pasaron por una pequeña cascada donde se sacaron una foto con el móvil que después enseñarían a Leandro, el marido de Amalia. Caminaron alrededor de unos quince minutos hasta que llegaron a la poza más grande de Mougás. El transcurso del río formaba luego pozas más pequeñas a su bajada. Amalia se descalzó para pasar al otro lado donde había una roca grande ideal para dejar la mochila. Para ello tuvo que ir pisando con mucho cuidado y mojándose los pies con el agua fresca que manaba sin cesar de la gran poza. Por fin llegó al otro extremo, caminó descalza por un caminito estrecho hecho con las pisadas de todo el mundo que allí iba. Llegó a la roca y se dio cuenta de que Pongo no la había seguido, este artista había ido nadando hasta cruzar toda la poza y llegar al mismo sitio donde se encontraba ella. Amalia sonrió feliz por ver a su mascota chapotear en el agua fría y cristalina del lugar. Enseguida se animó a probar el agua ella también. Se desvistió, guardando cuidadosamente su ropa en el interior de la mochila y sacó su toalla y el bikini. Dado que allí no había nadie, optó por desnudarse al completo para ponerse el bañador. Al acabar, se dirigió al borde de la roca, se sentó y dejó colgando sus pies mientras éstos rozaban el agua. No entendía cómo Pongo se había echado tan alegremente, el agua estaba

helada.

Después de unos minutos de reflexión y habituación a la temperatura del agua, se levantó y fue a buscar el móvil para sacarle unas fotos a Pongo, mientras éste disfrutaba de su baño en el agua fresca. Cuando ya hubo hecho unas cuantas, le apeteció meterse ella, y así hizo. Bajó por unas piedras hasta llegar a otras que estaban completamente sumergidas en el líquido límpido. Pero Amalia seguía notando el agua demasiado fría para su temperatura corporal. No podía meterse poco a poco porque aquellas piedras acababan allí, podía saltar a otra que estaba aún más sumergida, pero corría el riesgo de caerse. En ese sentido el otro lado era mejor, porque las piedras iban poco a poco sumergiéndose hasta encontrar la arena que descendía más y más profundo hasta el fondo de la poza. Pero no se lo pensó demasiado, cuando se quiso dar cuenta estaba en el aire a punto de tocar el agua. Y se zambulló. Sacó la cabeza a la superficie y fue nadando lo más rápido que pudo hasta tocar con las manos la roca desde la que se había tirado e intentó volver a ponerse en pie. Sentía el frío del agua que acababa de rozar su piel pero no tardó en volver a meterse. Y esta vez estuvo más tiempo nadando.

Pongo y ella jugaron a meter la cabeza en el agua y a verse a través del líquido cristalino que caricaturizaba a ambos. Amalia nadó hasta la cascada, pero no se acercó demasiado porque allí el fondo era más oscuro. Era una pena que Leandro no estuviera allí para sacarles unas fotos a los dos amigos en el agua, con la cascada de fondo.

Pasaron una mañana estupenda, pero después de unas horas se aburririeron y empezaron a tener hambre. No habían planeado comer allí, así que ya era hora de ir despidiéndose de la poza. Se secaron al sol y Amalia se vistió la ropa ahora sudorosa que había traído, no se había dado cuenta de su mal olor en la bajada. No se calzó porque tenía que cruzar de nuevo por el caminito de piedras a modo de presa por el que bajaba el agua en torrente. Al llegar al otro lado se secó los pies y se calzó los tennis. Ahora tocaba subir por el sendero de curvas hasta llegar al coche.

Dentro hacía un calor horrible, así que Amalia abrió todas las puertas del coche para ventilar y Pongo aprovechó el ratito para darse un garbeo por la zona, olisqueando aquí y allá y haciendo pis de vez en cuando. El viaje de vuelta fue abrasador, era un mediodía de finales de julio y eso se notaba en el ambiente.

Amalia dejó el coche fuera, no le apetecía guardarlo en el garaje. Llamó al timbre y le sorprendió que su marido tardase tanto en abrir. Llamó tres veces más pero era evidente que no estaba, así que sacó las llaves de su mochila y abrió ella misma la puerta. Le sorprendió que su marido no estuviese en casa y que tampoco hubiese comido en ella. Todo estaba tal

cual lo había dejado en el desayuno. Dejó sus cosas en el suelo y le llamó por teléfono, pero éste no cogía. Amalia se decidió entonces a hacer la comida sin contar con él. Si llegaba a casa siempre podría hacerse algo rápido como una tortilla francesa.

Las horas pasaron y el reloj casi da una vuelta entera cuando las llaves de Leandro se oyen al otro lado de la puerta. Amalia se había quedado dormida en el sofá después de haber cenado ya hacía unas horas, pero el ruido en la puerta de entrada la despertó. Y también a Pongo, que descansaba en el umbral de la puerta esperando a su otro amito. Leandro se sobresaltó al ver a Amalia todavía levantada.

-¿Dónde has estado?- preguntó Amalia.

-Eeh, uf he tenido un día horrible. Al final no me he quedado a trabajar en casa, me llamaron del juzgado y ya ves, he acabado a estas horas.

-Ya veo, si.

Leandro era juez en el juzgado de instrucción nº2 de Tui. A veces le tocaba estar de guardia y si le llamaban tenía que irse al juzgado a atender los casos que hubiera.

Echó su americana en el sofá, y Amalia la recogió solícitamente para colgársela en el perchero de la entrada. La asió por una manga y del bolsillo contrario cayó un papel en el que podía leerse: "Restaurante La casa de los sabores, 13:30h". La letra era la de Leandro, Amalia la conocía bien, era una letra peculiar, casi ininteligible como la de los médicos. La joven la guardó de nuevo en el bolsillo y colgó la americana mientras pensaba angustiada por qué su marido tenía una nota así. Un remolino de ideas vinieron a su cabeza, por la hora que era parecía que había quedado con alguien para comer en ese restaurante. Había oído hablar de él, creía haber escuchado que se encontraba en un sitio muy discreto, tan discreto que era imposible llegar a él si no te explicaban dónde quedaba. Ella misma no lo sabía, pero sí sabía que se comía muy bien, por eso se lo habían comentado. Sin embargo, Leandro nunca la había llevado a un sitio así. De hecho, pocas veces salían a comer fuera. ¿Pero no había estado trabajando todo el día en el juzgado? A Amalia no le cuadraba que su marido hubiese ido a comer allí porque no quedaba de camino, precisamente. Cuando le tocaba estar de guardia y le llamaban, solía ir a comer a una conocida tapería que había en Tui. Y para ir a ese restaurante, había que ir a propósito, estaba muy apartado de todo. Según le habían contado, había que meterse por un camino, y después por otro y otro, hasta dar con el sitio. Pero... si realmente fue a comer allí, ¿por qué no le había comentado nada a ella? Su angustia iba en aumento y se le estaba apareciendo con más claridad un pensamiento, el de que su

marido pudiera estar teniendo un romance con alguna mujer. Y en cuestión de milisegundos, otro pensamiento aterrizó destrozándola por dentro: que su marido pudiera parecer ahora el sospechoso número uno del asesinato de Javier Álvarez Expósito, por ese lío de faldas que el finado había tenido con su verdugo.

Capítulo 13

Y en cuestión de milisegundos, otro pensamiento aterrizó destrozándola por dentro: que su marido pudiera parecer ahora el sospechoso número uno del asesinato de Javier Álvarez Expósito, por ese lío de faldas que el finado había tenido con su verdugo.

Capítulo II del asesino

Se acerca el final, he estado calculando cuidadosamente la dosis que voy a inyectarle a Amalia, después de su inexplicable y desconcertante huida en el monte luego de su secuestro. Tuvo mucha suerte aquel día, la vida le regaló una segunda oportunidad para seguir viviendo, pero sólo por un poco de tiempo más. Todavía hoy no me explico cómo consiguió zafarse de las ataduras de pies y manos que afanosamente y con trabajo amarré en sus articulaciones. Javier no lo había logrado, pero ella sí. Una chica valiente. Sin embargo ahora se acabó, se acerca su final. No puede vivir más tiempo, cada vez ha ido descubriendo más cosas, y eso no lo puedo permitir. Es posible que sepa ya quién soy, intuyo que anda cerca de descubrir mi identidad. Tras varios intentos fallidos de asesinato, esta noche voy a inyectarle la dosis exacta que le arrebatará la vida para siempre. No será difícil. Por la mañana, su estupendo marido se despertará y la encontrará en un sueño profundo, eterno ya. La joven yacerá sin pulso y Leandro tendrá que llamar a los servicios de emergencias para que certifiquen su muerte y se hagan cargo del cadáver. Una historia triste para ella pero una nueva vida comenzará para él. Unos mueren y otros renacen. Pero me consta que la ha querido, vaya si la ha querido, sin embargo ella ha optado por meterse donde no le llamaban por eso tendrá que pagar por ello. Y su lugar lo ocupará otra mujer, aquella a la que también Javier Álvarez amó. Pero él ahora ya no está vivo, de eso ya me he encargado, de quitármelo del medio. De modo que Divina, mujer entre dos hombres, no tuvo otra elección más que la del ganador, el mejor de los dos, y ese es Leandro, marido de Amalia y justiciero en lo personal. Un marido a pocas horas de convertirse en viudo, en pobrecito viudo que pronto sacará a la luz su historia de amor secreta, pasado el tiempo de riguroso luto. Y así es como los vencedores escriben la historia. Los débiles se quedan atrás o en este caso criando malas. ¿Por qué cupido no lanzó las flechas con mayor atención en su debido momento? Nada de esto hubiera pasado. Pero ha sido excitante, lo reconozco, para la vida rutinaria y tediosa que llevo, esto ha sido un chute de energía. He corrido riesgos, y todavía me queda ponerle el punto y

final a esta historia, pero será tan impecable que nadie sospechará absolutamente nada por mi parte. Todo se hará con celosa intimidad por respeto a la familia de Amalia y por suerte, éste caso ha sido un caso que de momento no ha saltado a los medios de comunicación. Sólo se han hecho eco los periódicos locales y provinciales. El caso está bajo secreto de sumario y hasta donde yo sé, así seguirá un buen tiempo. Es hora de acabar esta historia, un hombre nuevo renacerá mañana.

Capítulo 14

Es hora de acabar esta historia, un hombre nuevo renacerá mañana.

Ante aquella revelación Amalia decide irse para cama y pensar en las posibilidades que tenía de resolver esa situación de la forma menos traumática posible. Si es que eso pudiera ser plausible, porque estaríamos hablando de que el asesino de Javier Álvarez Expósito podía ser su marido, el cual parece que tiene una amante y por este motivo hace sospechar a Amalia de su culpabilidad. La cuestión era encontrar más pruebas en uno u otro sentido, es decir, en su culpabilidad como asesino o en su infidelidad. Ahora Amalia, bajo las frescas sábanas de verano de su cama y con la cabeza reposando en su cómoda almohada, las ideas se le venían apresuradamente, el trozo de cuerda negra que Pongo había encontrado en no sabía dónde pero que se lo había traído a los pies de la cama, las imágenes de su secuestro en el monte, ¿realmente había sido su marido capaz de hacerle algo así? Ahora que lo pensaba, lo había notado muy sorprendido cuando la vio llegar a casa aquel día. Amalia se estaba quedando poco a poco dormida, no podía resistirse al sueño producido por el cansancio de todo el día de hoy, en las Pozas de Mougás y luego la larga espera a su marido en casa con un importante descubrimiento final que la dejó aún más hecha polvo. Pero Amalia ya se había rendido, había caído dormida rápidamente. Ni siquiera se había dado cuenta de que su marido no había ido a dormir. La verdad es que no le hacía mucha gracia que se metiera en su misma cama, prefería estar sola y reflexionar, y poder descartar antes la posibilidad de su culpabilidad, pero era un hecho que tarde o temprano Leandro acabaría entrando en el dormitorio conyugal.

Las horas pasaron y de repente, sin saber si era en sueños o en la vida real, Amalia notó un pinchazo en su brazo izquierdo. El pinchazo seguía ahí, con su dolor punzante, no se iba, así que la joven se despertó, pero lo hizo suavemente, sin apenas moverse un milímetro. Entreabrió los ojos un poco, de manera casi imperceptible, y miró por el rabillo del ojo quién estaba introduciéndole no sabía qué en su brazo, y esa persona era ¡Leandro, su marido! ¡Su esposo estaba inyectándole algo en su cuerpo en plena madrugada! Pero ¿qué pretendía? ¿qué demonios llevaba esa inyección? ¿acaso quería matarla como a Javier? Entonces Amalia, justo en ese momento, lo comprendió todo. Su marido estaba detrás de aquel

cansancio inusual que la joven sentía por las mañanas, ya que se trataba de insulina! Le estaba inyectando una sobredosis de insulina que hasta ahora no la había matado, pero sí le había hecho despertarse mucho más tarde. Durante todos estos meses su marido habría estado calculando la dosis exacta que la alejaría de este mundo para siempre, y esa noche ¿sería la definitiva? Esta vez ¿la dosis sería letal?

Cuando su marido hubo acabado de poner la inyección, Amalia se quedó inmóvil esperando a que se fuera del cuarto. Tras unos segundos en silencio de pie al lado de ella, Leandro salió de la habitación. Amalia entonces se removió e irguió medio cuerpo asustada pensando qué debería hacer en ese maldito momento. Decidió esperar unos segundos y se levantó para ir al baño. Maldita la hora porque su marido estaba sentado en el sofá, leyendo, y Amalia tenía que pasar por delante de él para ir al baño. Sin embargo la joven, haciéndose la dormida, pasó como sin verlo y se dirigió al servicio. Su marido se sobresaltó al verla en pie, y le preguntó si estaba bien. Ella asintió somnolienta fingiendo como si nada y se coló para el lavabo. Cerró la puerta y no se lo pensó dos veces, también pasó el cerrojo. Entonces su marido volvió a preguntarle si se encontraba bien y golpeó la puerta desesperado, sabiendo que ya no podía entrar porque había oído el pasador. Amalia se sentó en la tapa del váter y sacó del interior de la manga de su pijama, precisamente la del brazo izquierdo, el móvil que llevaba escondido, gracias a una última iluminación que había tenido antes de atravesar la puerta del dormitorio. En ese momento Amalia comenzó a marcar el 062, el número de teléfono de la Guardia Civil, para contarles lo que acababa de sucederle que confirmaba las sospechas anteriores: su marido era el asesino de Javier Álvarez Expósito y ahora quería matarla a ella.

Leandro había empezado a golpear la puerta pidiéndole a Amalia que la abriera. Ahora la chica sí temía por su vida, en cualquier momento aquel juez alto y corpulento del juzgado de instrucción nº2 de Tui podía tirar la puerta abajo. También podía hacerle efecto la inyección de un momento a otro. Esperó la respuesta al otro lado de la línea. Los pitidos sonaban pero nadie respondía. Su marido golpeaba cada vez más fuerte, queriendo efectivamente derrumbar la puerta. Lo hacía con todo su cuerpo. Aquello sonaba estruendoso. De momento, la puerta de jatoba resistía, pero Amalia dudaba de que lo hiciera por más tiempo. -Vamos, vamos- susurraba Amalia, -que alguien me coja por favor-. Casi cuando Amalia iba a colgar para volver a intentarlo, suena una voz al otro lado: sí, ¿dígame?.

-Hola, me llamo Amalia, mi marido quiere asesinarme, me ha puesto una sobredosis de insulina sin mi consentimiento, quiere inducirme el coma, está intentando entrar por la puerta del baño, pero me he encerrado aquí. Estoy yo sola, ¡por favor, ayúdenme!

-Hola Amalia, tranquila, dígame, dónde vive usted, para que podamos ir a ayudarla.

-Sí, eh... ¡vivo en Avenida de Panamá nº54, en Goián!

-Muy bien, de acuerdo Amalia, estamos dando traslado al cuartel de su localidad y ya van para ahí. ¡Aguantе! ¿Esos golpes son de su marido?

-...

-¿Amalia?

-...

-Amalia, ¿está ahí? ¡Contésteme!

Pero Amalia no podía responder porque había caído al suelo, su cabeza había impactado contra la plaqueta blanca del baño, sobre la cual empezaba a correr un pequeño charco de sangre. La joven se había desmayado ya por el efecto de la inyección. Su marido seguía empujando la puerta y gritándole a Amalia para que le abriera, pero en esos momentos la joven era un cuerpo inconsciente. Se escucharon sirenas que llegaron a toda velocidad y aparcaron derrapando en el medio de la avenida principal. Los agentes salieron hacia la casa en fila de a uno en una carrera. Llamaron al timbre y enseguida gritaron: ¡Guardia Civil, abran la puerta! Pero Leandro, que ahora había dejado de golpear la puerta, se encontraba agazapado, sin saber qué hacer. Del otro lado, la Guardia Civil ya estaba intentando echar la puerta de entrada abajo. Tardaron unos segundos y se adentraron en la casa. Se dividieron en tres direcciones apuntando con la pistola y linternas por si fuera necesario. Uno de ellos gritó: ¡¡aquí!! Leandro se encontraba en la cocina, pretendía escapar por la parte de atrás de la casa donde se encontraba el coche aparcado en el garaje. Un agente lo derribó al suelo y con sus rodillas clavadas en la espalda del marido de Amalia, lo retenía mientras venían sus compañeros. Otros agentes llamaban por la chica, mientras el que lo tenía retenido le preguntaba cuál de las puertas era la del baño. Leandro apenas pudo decir al fondo a la derecha porque su cara y su cuello estaban inmovilizados, acariciando el frío suelo de la cocina. Los agentes no tardaron en tumbar la otra puerta también y encontraron a la joven

yacida en el suelo, empapada en un charco de sangre cada vez mayor. Uno de ellos llamó a la ambulancia y en diez minutos llegó la que estaba más cercana al pueblo.

Amalia se despertó en el hospital. Abrió sus ojos y allí encontró a su hermana mayor, Amicló, lo único que le quedaba de su familia. Sus padres habían fallecido en un terrible accidente de tráfico cuando Amalia estaba a punto de cumplir los dieciséis años. Amicló se había hecho cargo de ella, se llevaban cinco años de diferencia y juntas salieron adelante sin el apoyo y el respaldo de sus progenitores. Amicló consiguió acabar la carrera de ingeniería química un año más tarde de aquel varapalo, y por suerte logró encontrar trabajo en un laboratorio. Con los ahorros de sus padres y los nuevos ingresos, la hermana mayor pudo ayudar a Amalia a que terminase la carrera de periodismo años más tarde. Las dos se tenían la una a la otra, se llevaban fenomenal. Amicló había podido asistir a la boda de Amalia con Leandro, celebrada en la intimidad de unos pocos amigos y familiares, y había algo de él que no le gustaba. No sabía definirlo y por ese motivo nunca se lo reveló a su hermana. Pero ahora todo cobraba sentido. Amicló había estado en lo cierto, Leandro no era un tipo de fiar, demostró no tener corazón con Amalia cuando la engañó y también no tener escrúpulos con el asesinato de Javier Álvarez Expósito y el intento de asesinato de su hermana. Ahora que Amalia abría los ojos por primera vez en un mes de coma, era hora de explicarle cómo había acabado todo y por qué estaba allí.

-¡Amalia! ¡Estás despierta!

-Sí... qué, ¿qué ha pasado?

-Pues un montón de cosas hermanita, y tú has sido una valiente.

-¿Por qué dices eso?

-¿No te acuerdas? Al parecer estabas investigando un asesinato, el de Javier Álvarez, y... bueno, ya sabes que Leandro era el asesino e intentó acabar con tu vida.

-Oh, es verdad, ahora lo recuerdo, pero me duele mucho la cabeza.

-No te preocupes, ya viene la enfermera. ¿Qué fue lo último que

recuerdas?

-Pues... estaba en el baño, sí, estaba en el baño encerrada y Leandro no paraba de dar golpes en la puerta, quería matarme- Amalia sollozó de forma inevitable.

-Tranquila hermanita, no llores, esa noche te desmayaste por una sobredosis de insulina que te había inyectado ese malnacido. Has estado en coma un mes porque se te ha formado un coágulo en el cerebro del golpe que recibiste al impactar contra el suelo. Los agentes consiguieron traerte al hospital a tiempo gracias a la llamada que les hiciste y ahora estás aquí. Temí por tu vida hermanita, siempre he estado a tu lado, primero papá y mamá y ahora tú, eso no podía ser. Rezaba todos los días porque no fuera así.

-Y, ¿qué ha pasado con la investigación?

-Pues verás, para empezar felicidades porque tú has logrado desenmascarar al asesino de aquel hombre, gracias a ti se supo que era Leandro, le encontraron cuerda negra que lo inculpó claramente, en el maletero del coche, después de haber intentado asesinarte. Con esa prueba ataron cabos, nunca mejor dicho y enlazaron los dos casos, el de Javier y el tuyo.

-Ah, ¡la cuerda negra que trajo Pongo! Por cierto, ¿qué es de él?

-Lo tengo yo, no te preocupes, está en el piso.

-¿Y qué más?

-Pues no mucho más, el caso estaba bajo secreto de sumario pero con la detención de Leandro se resolvió y se levantó y ahora la familia de Javier tiene todos los detalles de la investigación. Por cierto, te dan las gracias por haber colaborado de esta forma, de hecho, alguna vez han venido a verte.

-Oh sí, conocí a su madre el día del entierro de Javier, parecía buena persona, estaba realmente angustiada, pero ahora se encontrará un poco mejor supongo. ¿Y qué más? Cuéntame más cosas. Detalles de la investigación...

-Pues verás, ¿sabes por qué Leandro utilizó cuerda negra en el asesinato de Javier?

-No, ¿por qué?

-Porque al parecer había trabajado hace muchos años, de joven, en la bodega en la que trabajó Javier, y sabía que utilizaban esa cuerda para las

viñas. Fue a comprarla al mismo sitio dónde ellos la adquieren y de esa forma, desviaba la atención de la autoría del asesinato hacia los trabajadores del almacén de la bodega. ¿Qué te parece? ¿No es maquiavélico? Habrá aprendido mucho en su trabajo como juez en casos como éste.

-Vaya, yo había comenzado a trabajar allí por si era alguno de ellos, y la verdad, ninguno lo parecía, descubrí mientras tanto que Miguel robaba a la empresa precisamente cuerda negra y algo de gasoil, pero no era él. ¿Sabes cuándo me enteré de que era Leandro?

-¿Cuándo?

-Cuando descubrí que tenía una amante, ahí empecé a sospechar de él, me dio un mal presentimiento porque sabía que a Javier lo habían matado por un lío de faldas ¿sabes? Y durante la noche, todo pasó muy rápido, durante esa noche, Leandro me pinchó insulina, ahí ya supe que se trataba de él. Llevaba pinchándome meses, iyo pensaba que tenía una enfermedad!

-Ya lo sé hermanita, todo eso me lo ha contado la policía. Es terrible. Parece increíble. ¿Qué necesidad tenía Leandro de hacer algo así? Era juez, tenía la vida resuelta.

-¿Se sabe quién es la mujer?

-Sí, se llama Divina, cuando se enteró de que Leandro tenía que ver con la muerte de Javier, entró en shock y tuvieron que atenderla, tampoco se esperaba algo así.

-¿Y Leandro?

-Pues está en A Lama, encarcelado, no sé cuándo será el juicio, los familiares de Javier tendrán que estar presentes en él. Con respecto a ese tema, ¿tú qué tal estás?

-¿Por Leandro?

-Sí

-Estoy bien, se hizo justicia y eso es lo que me satisface.

-Me dijo un pajarito que te van a dar una medalla conmemorativa por tu mérito, hermanita.

-¿iSi!?! Qué ilusión!

Las dos hermanas siguieron hablando durante horas. La vida de Amalia cambió radicalmente la noche del 25 al 26 de julio para siempre. Sin marido, pero con toda una vida por delante y una hermana mayor que la ayudaría en todo lo que fuera menester, le auguraban un futuro prometedor.

Capítulo 15

La vida de Amalia cambió radicalmente la noche del 25 al 26 de julio para siempre. Sin marido, pero con toda una vida por delante y una hermana mayor que la ayudaría en todo lo que fuera menester, le auguraban un futuro prometedor.

Había pasado un mes desde lo de su hermana. La joven recogía sus cosas apresuradamente para salir de aquel aséptico lugar lleno de matraces, probetas y vasos medidores. Desde que sabían de su tragedia personal, la dejaban irse más temprano, como una hora antes. En aquel laboratorio estaban muy contentos con ella, era una chica muy resolutiva y a nivel personal excelente compañera con una gran calidad humana. A la empresa le iba bien e incluso le habían subido el sueldo a todos los trabajadores. Ella no podía pedir más, tenía un trabajo increíble y una familia increíble, aunque sólo la formara su hermana en estos momentos. Bueno, se le había sumado un nuevo miembro en este último mes, el perro de Amalia, Pongo, un labrador estupendo que se portaba de vicio cuando ella no estaba en casa y por ende no podía estar con él. Todavía no había encontrado el amor, pero eso no le importaba demasiado, pues apenas pasaba la treintena. Recogió su bolso y colgó su bata de laboratorio en el perchero, no había problema en que se equivocaran y cogieran por error la suya pues en la nuca llevaba bordado su nombre, Amicló. Lo había hecho en una de sus clases particulares de bordado, a las que solía asistir una vez por semana. Se le daba divinamente, y la relajaba mucho, sobretodo le ayudaba a desconectar de su trabajo metódico, preciso y artificial. Atravesó la puerta diciendo un adiós caluroso al resto de la plantilla, al que todos respondieron casi al unísono -adiós Amicló-, despidiéndose de su más excelsa compañera. Todos comprendían por lo que estaba pasando, habían notado su descenso en el trabajo, algún que otro despiste y una expresión facial tristonca que la acompañaba casi todos los días. Era duro tener a una hermana en coma, pero más duro era sabiendo que se trataba de su hermana menor y su única familia. Pero la joven caminó decidida por el pasillo hacia un lugar igual de aséptico que su lugar de trabajo. Se dirigía hacia el hospital. Iba a visitar como todos los días a su hermana Amalia a la UCI.

Hacía un mes que había recibido la llamada desde la Comisaría de Policía de Vigo a la que habían dado traslado desde el cuartel de la Guardia Civil

de Tomiño. Una ambulancia iba camino del Hospital Álvaro Cunqueiro con su hermana dentro, al parecer inconsciente y con una gran pérdida de sangre. Ella se ofreció de inmediato a donar parte de la suya, eran del mismo grupo sanguíneo, 0-. Aquel viaje hasta el hospital tratando de llegar lo antes posible para saber más noticias sobre Amalia había sido terrible, porque en la madrugada del 25 al 26 de julio cayó una importante tromba de agua que le hacía tener que poner el limpiaparabrisas al tres. El tiempo acompañaba el estado de ánimo de Amicló, a quien las lágrimas resbalaban bañando sus mejillas desconsoladamente. A Amalia la operaron de urgencia, para tratar de extraerle el coágulo de sangre lo antes posible y que su cerebro no sufriera más. Era una operación arriesgada, porque se trataba de operar en el cerebro, órgano delicado, y del cual sólo lograron extraer una parte. El resto permanecería en el cerebro e intentarían disolverlo a base de medicación y mucho tiempo de ingreso en el hospital.

Amicló iba caminando a paso ligero, ese día tenía el presentimiento de que su hermana iba a despertar, pero lo cierto es que ese sentimiento la invadía con demasiado frecuente optimismo. Cuando llegaba a la habitación de UCI, la realidad caía como una gran roca aplastándola. Amalia seguía dormida, no despertaba. Pero ese día sentía que era especial, no sabía explicar el por qué. Desplazó la pesada puerta de entrada y salida del edificio donde estaba ubicado el laboratorio y caminó durante un rato hasta llegar a su coche. El infortunio quiso que al cruzar el paso de cebra un coche a bastante velocidad la llevara por delante haciendo que ésta volara y cayese unos cuantos metros despedida hacia adelante. El impacto parecía haberle roto unos cuantos huesos, y la dejó en un estado de inconsciencia. La sangre empezó a brotar de su cabeza formando un charco en el pavimento asfaltado. Todo lo demás sucedió a cámara lenta y a la vez a gran velocidad. El hombre que conducía sale de su vehículo pálido del terror y se dirige corriendo hacia ella. Apenas puede tocarla, llama a la ambulancia para que puedan socorrerla. El conductor llora desconsoladamente y cae abatido al suelo, al lado de Amicló, sin separarse de ella y clamando al cielo. La ambulancia llega en unos minutos, la cargan a una velocidad pasmosa y se la llevan al hospital a toda pastilla. Lo último que se oye en esa escena son las sirenas sonando hasta alejarse en la distancia y con ella sus luces girando a cámara lenta. Todo sucede a una velocidad de vértigo pero no es suficiente para Amicló porque fallece de camino al hospital.

Una luz lo inunda todo y ahí está, Amicló consigue ver a Amalia en su habitación, en su camita blanca en la que siempre está, la tercera

empezando por la derecha. Y vaya, parece que al final el día sí era especial, porque Amalia también abre los ojos y consigue ver esa luz cegadora que rodea a su hermana ¿tras una ventana? ¿o el mismo cielo? No importa porque Amalia tiene la sensación de estar en el bienestar más absoluto y de que pronto se encontrarán también con mamá y papá. Las dos hermanas comienzan a charlar distendidamente.

FIN